

DOCUMENTOS DEL PROGRESO

APARECE EL 1.º Y 15 DE CADA MES

CARLOS RADECK

CAPITALISMO Y COMUNISMO

1

La guerra civil que desde dos años hace estragos en nuestro país, se aproxima a su fin. A pesar de la ayuda que los poderosos Estados capitalistas han prestado a los terratenientes y a los capitalistas rusos, esta guerra ha terminado con la victoria de la clase obrera. Las tentativas del capital internacional para extrangular a la Rusia de los obreros con la ayuda de los soldados ingleses, franceses, americanos y japoneses ha fracasado completamente desde la primavera de 1919. Los jefes capitalistas de la Entente han sido molestados por el movimiento de protesta contra la intromisión del capital extranjero en los asuntos interiores rusos, emanada principalmente de los obreros ingleses que hasta entonces habían demostrado muy poco espíritu internacionalista. Las tentativas hechas para derribar a la Revolución rusa con la ayuda de los campesinos rusos que generales blancos movilizaron con el dinero inglés, francés y americano, tuvo como epílogo la destrucción de los ejércitos de Joudenitch, de Denikin y de Koltchak.

La contrarrevolución imponía a los campesinos el antiguo yugo y por esta razón no llegaba a entusiasmarlos. La contrarrevolución rusa es aplastada. Como es posible que el capital extranjero trate de movilizarse aun una vez más en contra de la Rusia de los Soviets, nosotros no dispondremos de las armas; mas no podrá llevarse a cabo pronto y la clase obrera de Rusia puede, sin desarmarse, consagrarse a la reconstrucción económica. Desde el primer día de su victoria en octubre de 1917, la clase obrera rusa no pierde de vista esta tarea. Las fábulas desparramadas por la prensa capitalista extranjera que durante los dos años últimos la industria nacionalizada rusa no ha producido nada, no son más que ridículas exageraciones. La industria nacionalizada en Rusia ha vestido y armado dos millones de soldados; porque no es verdad que el ejército rojo viva de la herencia dejada por el zarismo. Naturalmente, durante esta guerra civil gigante, que absorbe todas nuestras fuerzas, la producción no alcanza el nivel correspondiente a los intereses del pueblo. Hay una producción cuyos productos son destruidos en la lucha, una producción que ha cargado el país entero y el resultado de dos años de trabajo en las fábricas no se deja ver sino en el hecho que el ejército rojo ha vencido a sus adversarios, aunque estos dispongan para proveerse de la industria inglesa y americana que son de primer orden. Desde el punto de vista económico, Rusia actualmente es un país cuyas máquinas están gastadas, cuyos transportes están deteriorados y que no tiene un número suficiente de obreros calificados. Todo eso demanda una reconstrucción socialista, porque, de otro modo, es imposible alimentar la población de las ciudades; a pesar de la existencia de abundantes reservas en trigo. Esto no es porque durante toda la guerra civil, en el curso de las victorias como de las derrotas, el pensamiento de la vanguardia de la clase obrera no se ocupara del renacimiento económico del país; esto

no es que porque, mientras que el cañón ruge, el partido comunista no tiene otro pensamiento que este del renacimiento económico del país, que les fué posible, desde que Denikin fuera rechazado hacia el Sud y que el peligro de muerte cesó de amenazar a la Rusia soviética, permitiendo a la clase obrera darse plena cuenta de las tareas que se imponían para llevar a buen término la guerra económica, la lucha contra el hambre, el frío y la desorganización. Es en las vivas discusiones sobre los medios de encarar la desorganización económica, que desde el mes de diciembre llenan la vida de las organizaciones comunistas, que se cristalizarán las directivas de una política económica; surgió una voluntad unánime de realizar esta política. El congreso del partido comunista ha liquidado todas las divergencias de opinión que existían hasta entonces en su seno sobre las cuestiones de la reconstrucción económica. El indica el camino que va a seguir en el porvenir más próximo la política económica del proletariado ruso. El congreso de los sindicatos, que tuvo lugar inmediatamente después del congreso del partido, ha seguido la ruta indicada y ha sacado todas las conclusiones que resultan de la adopción por el partido de este camino a seguir cuanto a la acción de las organizaciones obreras de masas.

Los problemas que el congreso del partido comunista de Rusia ha resuelto teóricamente y que la clase obrera rusa va a resolver prácticamente, son de una importancia capital para el proletariado de todos los países. Durante meses y meses toda prensa capitalista de Europa ha tratado de convencer al proletariado mundial que la Rusia de los Soviets es en realidad una Rusia sin soviets; que la dirección de la industria que en 1917 los obreros tomaron en sus manos, les había sido retirada; que la Rusia de los Soviets, convencida de la incapacidad de los obreros para dirigir la industria, había de nuevo confiado esta dirección a especialistas burgueses; que ella entrega a las fábricas al militarismo militarizándolas. La política de la Rusia de los Soviets tan falsamente interpretada y asimilada a la nueva política internacional de los soviets, de compromisos con el capitalismo occidental, ha sido presentado como una preparación de retorno al capitalismo. Según los chismes de la prensa burguesa, los bolsheviks juegan el papel de los Jóvenes Turcos de Rusia, y no son más que perros llevados de las narices por el capitalismo anglo-americano.

Cuando en 1918 la Rusia de los Soviets fué obligada a concluir la paz con el imperialismo alemán, toda la prensa de la Entente machacaba exactamente la misma cosa que machaca ahora la prensa alemana a propósito de las tentativas de la Rusia de los Soviets para hacer la paz con la Entente. Y lo mismo que en 1918 la prensa capitalista, para probar que el gobierno de los Soviets desespera de hacer reconstruir la Rusia por la clase obrera, invocaba los discursos de Lenin sobre los deberes que nos aguardaban, lo mismo ella va a invocar ahora las decisiones del Congreso del Partido relativo al plan económico. La burguesía internacional

tiende demasiado a convencer a sí a los obreros del mundo entero que la Rusia de los Soviets vuelve al capitalismo, porque ella espera así detener a los obreros europeos de luchar por la conquista del poder. Espera convencer a los obreros que no vale la pena de apoderarse del poder para conservar algún tiempo después más que girones del mismo.

Es, pues, de un interés vital para los proletarios de todos los países el comprender bien todo aquello que acontece en la Rusia de los Soviets, todo aquello que concierne a la política económica del partido comunista de Rusia y al gobierno de los Soviets.

Solamente cuando los obreros comunistas de Eu-

ropa hayan comprendido bien el valor real de la política económica del gobierno soviético, podrán juzgar si el gobierno ruso sigue el buen camino, y al mismo tiempo se darán cuenta que ese camino no es más que provisorio, que los obreros europeos deberán seguir la misma ruta en la cual se ha colocado actualmente la Rusia soviética. Si han observado más de cerca, verán aquello que los escribas a sueldo de la burguesía presentan a los obreros como una traición al comunismo, no es más que una transición del poder proletario entre el período de lucha para la conquista y para la conservación del poder y el período de la reconstrucción socialista.

II

La lucha para la destrucción del capitalismo

Durante el período pacífico del movimiento obrero, muchas personas se imaginan la transición del capitalismo al socialismo como el resultado de un crecimiento progresivo de la influencia política en el Estado capitalista. Creen que el pasaje al socialismo se efectuará sin conmover profundamente el aparato del Estado capitalista. En realidad, la revolución social, es la caída, la destrucción del aparato político y económico capitalista. Apoderándose del poder político, es imposible despedazar el aparato de coerción político de manera que el aparato económico permanezca intacto. Esto es imposible, no solamente porque la guerra civil, como toda otra guerra, deja detrás suyo nada más que ruinas, sino también porque no hay guerra civil posible sin que la masa de los obreros trabajando en las fábricas no trate de librarse del yugo capitalista. Los obreros no pueden al mismo tiempo combatir en las barricadas y permanecer en las fábricas esclavos obedientes que no osen tocar a la propiedad capitalista ni a los derechos de la administración capitalista. El proceso de la revolución social consiste precisamente en esto, que las masas obreras llegan a no tener más ninguna confianza en el capital y por esta razón ponen la mano sobre aquello que es más esencial en el poder capitalista: sobre las empresas y las fábricas. ¿Dónde está la fuente del movimiento revolucionario que gana actualmente a los obreros de todos los países?

El capitalismo no está más en condiciones de suministrarle un trabajo regular, ni de asegurarles una existencia digna de hombres a la cual aspiran los obreros desde hace cincuenta años; no les puede ni asegurarles un trozo de pan. En consecuencia, las masas obreras no creen más que el capitalismo sea capaz de asegurar la producción.

Al comienzo ellos luchaban por el aumento de los salarios, por la disminución de la jornada de trabajo. Pero puesto que a cada aumento de los salarios el organismo capitalista responde por un aumento en los precios, puesto que las mercancías se vuelven de más en más raras y que los transportes se desorganizan, el problema del contralor de la producción se plantea a los obreros. La primera causa de la lucha por el contralor de la producción es la desconfianza de los obreros frente a la clase capitalista en tanto que es organizadora de la producción. Lo mismo donde las fábricas están paradas por razones generales y objetivas, los obreros creen en un sabotaje malévolo del capitalista y quieren someterlo al contralor de sus hombres de confianza. Y allí mismo donde ellos no acusan al capitalista en tanto que es director de la fábrica, lo mismo cuando ellos se perciben que la causa de su miseria está en la desorganización general no quieren morir de hambre y de frío cruzándose los brazos, y sienten crecer en ellos la convicción que podrán organizar mejor la producción que los capitalistas. Y cuando más se agranda esta convicción, el proletariado acepta más conscientemente la lucha por la posesión de la

industria. Esta lucha no consiste únicamente en la agitación huelguista, en el sabotaje de las fábricas; tiene por objeto eliminar de la empresa la dirección capitalista, de controlarla por medio de un comité de fábrica que más tarde, en el curso de la lucha, deseará no solamente controlar la producción, sino dirigirla directamente. Esta es la primera fuente de la lucha revolucionaria por el poder político que, objetivamente, se manifiesta como el proceso de hundimiento de la economía capitalista y que, durante cierto tiempo, destruye las bases económicas de un país, acelera la caída, aumenta la miseria. Pero por graves que sean las consecuencias de este proceso, es imposible escapar a él, lo mismo que es imposible vencer en la guerra sin cañones, ametralladoras y fusiles. Si la clase obrera rusa echaba una mirada hacia atrás sobre el período de Krensky, que tenía como palabras de orden el contralor de la producción y los comités de fábricas, ella puede verificar, sobre el movimiento obrero de Europa y América desde la guerra, el hecho que este proceso es condicionado por las leyes que rigen a las sociedades. El período que atraviesa actualmente las industrias alemanas, inglesas y americanas, no difieren sensiblemente del período atravesado por la industria rusa en 1917.

El factor principal del proceso de desorganización de la economía capitalista es la desconfianza de la clase obrera frente a la clase capitalista como clase organizadora. Pero como la clase obrera no posee organizadores que puedan inmediatamente tomar el sitio de los organizadores capitalistas, está obligada durante este período de hacer ejercer el contralor y la dirección por colegios de obreros. Al comienzo del período revolucionario ella da en las fábricas una palabra de orden de la democracia, el contralor de la producción por los representantes obreros. Es en esta fase que se encuentra la clase obrera fuera de Rusia.

Esta fase continúa después de la toma del poder político. Estos caracteres se acusan con más potencia, por hasta entonces, hasta la victoria política conseguida sobre el capital, los obreros no podían realizar el contralor de la producción si no en los centros donde ellos son más fuertes. En las otras regiones del Imperio los capitalistas han podido impedir esto. En ese momento, después de la toma del poder político, bajo la protección de la República de los Soviets, toda fracción, aun la más débil y oprimida de la clase obrera se subleva y aquellas que pueden ser durante el período de la lucha por la dominación de la clase obrera no osan ni siquiera pensar en apoderarse del poder en una fábrica, sintieran en ese momento la fuerza que ellos poseían como parte de la clase que se apodera del poder y que se subleva en todas partes. Los obreros forman en todas partes comités de fábrica para pasar entonces del contralor de la producción a la dirección. En todas partes trata, en grupo o individualmente, de sacar de la liberación del yugo capitalista, el más grande provecho para sí. Por esta razón hay, al comienzo de la to-

ma del poder, un aumento momentáneo de la desorganización económica. Ciertamente también, durante este período, los obreros son dominados por la idea de dirigir la industria por colegios de obreros, por representantes de cada fábrica. Esto trae consecuencias graves. Cada grupo de la clase obrera que dirige a su manera una fábrica y organiza la producción sin entenderse con los otros grupos, se deja guiar por sus propios intereses. Vende los antiguos stocks de mercaderías a los que más ofrecen; produce — si llega a producir — no aquello que la comunidad tiene necesidad, sino aquello que él espera poder vender bien. No se ve todavía en la necesidad de tener una inteligencia superior para comprender que eso no es el socialismo. No se comprende que la repartición de la industria o de sus productos entre los obreros no tiene nada de común con el socialismo, pero es necesario comprender que este fenómeno social es inevitable, como esta- ría de transición en la revolución. ¿Cómo se puede luchar contra este fenómeno social? En el primer congreso de las federaciones sindicales en 1918, Zinovieff ha proclamado la dirección de las industrias por las federaciones sindicales. Naturalmente, las controversias entre el marxismo y el sindicalismo no podía ser desconocido a un conocedor del movimiento sindicalista europeo como Zinovieff. En esas discusiones, los marxistas han demostrado a los sindicalistas que la entrega de los diferentes ramos de la producción a federaciones sindicales descentralizadas crea una nueva forma de concurrencia, las federaciones sindicales de los obreros organizados substituyen a los capitalistas reunidos en trust. Al contrario, la entrega de la industria a las federaciones sindicales centralizadas representa un tipo de organización muy peligrosa que determina entre las diversas categorías de la clase obrera una lucha por la dominación y por la ganancia. Pero en el momento de la anarquía completa, que nos ha legado el capitalismo, en el momento cuando se han desecadenado todos los intereses corporativos o particulares de los obreros que, libertados del yugo capitalista quieren, naturalmente, sentir un mejoramiento inmediato de su situación, en ese momento tratar de confiar la producción durante un cierto tiempo a los sindicatos, significaría tratar de reemplazar la anarquía completa por una cierta organización, substituir a los intereses de grupos los intereses de la más grandes unidades del proletariado, más fáciles de conciliar y de controlar. Es necesario ser perfectamente estúpido para ver en ello el sindicalismo.

En el período que sigue a la toma del poder, los comunistas han confiado la dirección de la industria a los representantes de las federaciones sindicales y ellos subordinan a estos últimos a los jefes de la industria. Los ingenieros y los técnicos que se encuentran al servicio del capital. Para coordinar el trabajo de las diferentes ramas de la industria, para establecer un plan económico general, y para regular el cambio de mercaderías entre las ciudades y la campaña, se ha comenzado a crear los consejos para la economía política que, al contrario de los comités de fábrica, expresan la

voluntad de los obreros de las fábricas aisladas, debiendo desempeñar el papel de órganos políticos representantes de los intereses de la comunidad. Los consejos para la economía política están formados por los representantes de los sindicatos y del soviets de los delegados de obreros como órgano de clase. Hay también de los especialistas. Han tratado de elaborar para cada rama de la industria un plan económico general, un tipo de organización, y de crear centros económicos para el abastecimiento de combustibles de esa industria en materias primas y en combustibles y al mismo tiempo para la repartición de los productos. Los consejos para la economía política, así como las direcciones de fábricas están formadas a manera de colegios. Este plan de organización, que es constantemente empleado en los órganos han elaborado el plan para reorganizar la economía política de toda la república de los Soviets, o de una región, o solamente de una rama de industria, son en las fábricas el resultado de una necesidad temporaria. Ha sido necesario, desde luego, porque la clase obrera no tenía suficientemente organizadores económicos de ella entre los comunistas, ni ingenieros y técnicos en quien poderse fiar. Los intelectuales que se esperaban ver pronto a los obreros sufrir un fracaso saboteaban la vida económica y los obreros estaban obligados a ponerse solos en la obra para paralizar el sabotaje de la burguesía. Organización en colegio significa al mismo tiempo que los obreros, no teniendo organizadores experimentados, confiaban la dirección a gente sin experiencia a fin de que ellos aprendieran a dirigir una economía. Esto no quiere decir que sea mejor que cinco o seis hombres dirijan una fábrica, antes que no solo; éste no es un principio comunista, sino simplemente la consecuencia del hecho que los obreros saben bien que los mejores entre sus elegidos no están a la altura de su tarea. Así ellos confían la dirección a muchos a fin que se completen el uno con el otro. Este período que siguió a la toma del poder habría sido más rápidamente atravesado, si la guerra civil no hubiera colocado en segundo plano el problema de la política económica. Y Trotzky, en su discurso de Marzo de 1918, sobre la disciplina del trabajo, lo mismo que Lenin en su discurso sobre los deberes más importantes del gobierno soviético, en Abril de 1918, señalaban la necesidad de una dirección enérgica y responsable. Pero como se expresaban, en principio, contra la organización en colegio. Pero como se estaba obligado durante la guerra civil a hacer de la economía, en alguna manera después de las operaciones militares, el gobierno de los Soviets, no pudo establecer un plan económico general, cuando las operaciones militares traían cada día cambios en las fronteras de Rusia. No era posible, teniendo como base la experiencia adquirida por la dirección cogida de la industria, pasar de una manera sistemática a la forma de dirección de un solo hombre, forma cuya necesidad se hace sentir siempre más. El problema del plan económico y de la dirección pasa al primer plano, desde que la guerra civil se aproxima a su fin y que se ha podido hacer sistemáticamente la reconstrucción económica.

III.

La organización del trabajo

La República de los Soviets en la elaboración de su plan económico debe tener siempre en cuenta que la creciente desorganización económica de Europa disminuye la posibilidad de recibir la cantidad suficiente de máquinas necesarias para restablecer la economía rusa. El gobierno soviético hará, naturalmente, todo lo posible por obtener, todo aquellos medios técnicos que el mundo capitalista agotante pueda proporcionar, pero deberá tener siempre en cuenta que lo tendrá crear, con sus propias fuerzas, la parte más importante de lo que necesita. Ni aun la revolución mundial podrá ahorrarle esta necesidad, porque la

revolución mundial, en su primer período, destruirá un gran número de medios de producción del mundo capitalista e intensificará, en su comienzo, la desorganización económica de Europa, y, porque, desde el punto de vista de la técnica, ella no podrá proporcionar a Rusia durante este período más que obreros calificados. ¿De qué modo, pues, la Rusia de los Soviets podrá crear los medios de producción indispensables?

La Rusia soviética sufre por la grande falta de máquinas, debiendo suplirlas con las fuerzas vivas de los obreros industriales calificados y de los campesinos. Y aquí esta-

mos frente a la cuestión de la denominada *militarización* del trabajo, a cuyo alrededor tanto el alboroto ha hecho la prensa capitalista de Europa. Los obreros rusos *calificados*, que nunca fueron numerosos en Rusia — en su mayoría se diseminaron por los campos en busca de pan. Si la Rusia de los Soviets quiere vencer la crisis económica, debe, en primer lugar, reunir a estas fuerzas diseminadas del proletariado calificado. Si la sociedad socialista tiene el derecho de arrojar al campo de batalla a centenares de miles de proletarios y hacerles verter su sangre por la causa común de la emancipación de la clase obrera, tiene, naturalmente, el derecho de decirles a los obreros calificados, refugiados en el campo: «Nadie se ha sorprendido de que vosotros hayais huido debido al hambre a los campos, más todos pereceremos de hambre y por la desorganización económica, si vosotros no volvéis a las ciudades. Solamente intensificando la reparación de las locomotoras, produciendo los medios de transporte y los mismos medios de producción, salvaremos a la clase obrera rusa de la muerte por hambre. Así como debéis luchar por la Rusia de los Soviets con las armas en las manos, del mismo modo debéis ayudar al poder soviético en su lucha contra el hambre. Los obreros calificados son pocos numerosos en Rusia. Aún si se lograra reunir a todos estos elementos del proletariado diseminados por el país, ellos no bastarían para levantar todos los restos del edificio capitalista y para preparar el terreno a los fines de la nueva construcción. Tampoco hablemos de la fuerza obrera necesaria para la nueva construcción. La limpieza de las ciudades, su restauración, — sin la cual no es posible el mejoramiento de las condiciones sanitarias y con esto el empleo de centenares de millares de obreros — el corte de la leña para el combustible indispensable en las fábricas y oficinas, la preparación de materias primas con el mismo objeto, todo esto requiere reservas colosales de fuerzas físicas que deberán obtenerse de la clase campesina rusa. El gobierno obrero y campesino ruso adquiriendo actualmente estas fuerzas de los campesinos, no sólo contribuye a la construcción socialista, sino que realiza una obra de cultura. Sin el renacimiento de la industria, sin la restauración de las ciudades con la ayuda de la clase campesina, que la revolución obrera emancipó del yugo de los restos del feudalismo, se encontrará nuevamente en condiciones de vida precedentes al feudalismo, el cual, a pesar de todo, fue una organización del trabajo en vasta escala. Sin la restauración de la industria urbana la campaña carecerá de fosfatos y fósforo, de sal y petróleo, de arados y hoces, tornará, pues, a la vida primitiva de los salvajes. El trabajo de la reconstrucción de Rusia, como organismo económico, trabajo este conducido actualmente con mano firme por la dictadura del proletariado, es de un interés vital para las mismas masas campesinas.

El problema de la utilización de la fuerza campesina para el renacimiento económico de Rusia, planteóse a la Rusia de los Soviets en el momento de la derrota de Denikin y Kolchak. La inestabilidad de la situación internacional y el hecho que la Rusia de los Soviets no haya podido aún concertar una paz firme con los estados capitalistas del occidente, organizadores principales de la contrarrevolución en Rusia, no nos permitió desmovilizar el ejército. Este ejército carecía de tareas militares inmediatas que llenar y representaba, por ende, un elemento puramente parásito; comía el pan del país empobrecido; y así surgió el pensamiento del pasaje del ejército de la actividad militar al trabajo, nació el pensamiento de los ejércitos *del trabajo*, cuyas grandes unidades debían comenzar el trabajo de la limpieza de los caminos de hierro, la preparación de combustibles y otras labores semejantes que no requerían conocimientos especiales. Los ejércitos del trabajo creados hasta ahora, tienen únicamente un breve período de experiencia práctica, que no permite aún juzgar en qué medida será vital la idea de estos ejércitos en su forma orgánica.

No cabe duda que, no estando, en general, un ejército destinado a tareas industriales, sus unidades militares no diferenciadas según los principios económicos, sus estados mayores no son aptos para el trabajo industrial. Es posible que se pueda reorganizar estas unidades militares de manera de poder separar a los elementos obreros calificados para el trabajo calificado de las masas campe-

sinas y emplearlo en el trabajo pesado. De cualquier modo, ya sea que el aparato militar existente sea aplicado a la obra de reconstrucción de la vida económica de Rusia, ya sea que para este objeto se cree un nuevo organismo, el trabajo del campesino será utilizado para esta obra de reconstrucción. Todos los gritos de protesta contra la vuelta a la antigua servidumbre, a los tiempos del zarismo, es pura hipocresía en boca de aquellos que no protestaban, cuando el zarismo y el capitalismo conducían a la masacre a millones de campesinos en defensa de los intereses de un pequeño grupo de banqueros, burocratas y generales. Estas protestas demuestran únicamente el cretinismo de los que no comprenden el significado del acto de construcción, cual es la utilización de las masas campesinas para las tareas económicas estatales, reside enteramente en la cuestión: *quién está en el poder y para qué objeto es utilizado este trabajo*. La aplicación de millones de individuos en los trabajos para la construcción de ferrocarriles, en la lucha contra el tifus y el cólera, en los trabajos preparativos, en el renacimiento de la vida económica e industrial, todo esto, se hace para servir a la causa campesina y no para explotar a las masas campesinas en provecho de intereses a ella extraña.

¿Cómo, pues, debe efectuarse la movilización de las fuerzas calificadas y su distribución? Es natural que esto es imposible sin la mayor tensión de la actividad *agitadora*, la cual deberá difundir entre las masas obreras la comprensión de la necesidad de la obra a la cual son llamadas. Pero la palabra tiene diez veces más valor cuando detrás de ella está la firme voluntad de realizarla a toda costa. Precisamente para esto se crea un órgano de construcción que debe organizar y atrasados elementos del proletariado. El problema de reunir a las fuerzas obreras calificadas y su distribución en relación a las necesidades de la producción, es únicamente posible bajo la condición de una colosal actividad *agitadora* y propagandista y de la creación de un potente aparato de control de las masas enteras y teniendo a su disposición todos los órganos estatales de edificación.

Estos órganos que comprenden millones de obreros y que deberán movilizar las fuerzas obreras y distribuir las, serán las *uniones productoras*. Surgidas bajo forma de sindicatos profesionales durante el régimen capitalista, tienen por objeto la lucha por el mejoramiento de la situación de la clase obrera. En Rusia fueron creadas durante la revolución de 1905. Sofocadas durante el período de la contrarrevolución, ellas levantaron la cabeza durante la revolución de Febrero; en aquella época planteóse un nuevo problema, que hasta entonces no formaba parte de su programa; debieron comenzar la lucha en favor del control de la producción. Una vez tomado el poder por la clase obrera, en la cual participaron activamente las Uniones profesionales, éstas asumieron la tarea de la organización del control de la producción y la administración de la producción misma. De este modo las Uniones profesionales pasaron de la lucha en favor del mejoramiento de la situación de la clase obrera bajo el régimen capitalista, a la organización de la producción socialista y su transformación en uniones productoras (industriales). Las uniones industriales cuentan en sus filas con millones de obreros, pero en realidad, es necesario confesar que durante los dos años de la revolución no se encontraron en posibilidad de unir la causa de la producción a las masas organizadas. La guerra civil las obligó a arrojar sus mejores fuerzas en el frente, pues era evidente que la causa de la Rusia de los Soviets era su propia causa, que el desarrollo ulterior del movimiento profesional era imposible en un momento en que se hallaba en peligro la existencia misma del régimen que permitía este desarrollo. La extenuación de los Sindicatos durante el período de la guerra civil hacía posible su participación en la organización de la producción únicamente atrayendo hacia esta organización a los dirigentes del movimiento. Los representantes de las Uniones Industriales, formaban parte de los Consejos de la Economía Nacional y de las administraciones de las fábricas. Los problemas relativos con la producción se discutían siguiendo las direcciones de sus Sindicatos permaneciendo las masas obreras lejos de ello. *Colocando en primer lugar los problemas del renacimiento económico*

de Rusia, el Partido Comunista ante todo pone de relieve la necesidad de reforzar las uniones industriales, la necesidad de una unión extrema entre las masas obreras y la administración de la producción. Sólo el Partido Comunista puede organizar la agitación general para la elevación de la disciplina del trabajo y de su productividad. Las Uniones industriales, en cambio, tienen la obligación en cada fábrica y en cada rama de la industria, de explicar a las masas las necesidades de la determinada rama de la industria y recibir de las masas la iniciativa para el incremento de la producción. En común con el Comisariado de Instrucción Pública, ellas deben construir una red de escuelas técnicas industriales en las cuales los obreros más capaces deben ser iniciados en el trabajo técnico y administrativo. Deben delegar a trabajadores expertos y formar parte de la administración de la industria y realizar el trabajo de la movilización de los trabajadores y de su distribución.

Empezando desde la más pequeña célula de la Unión Profesional, del Comité de Fábrica, a través de la administración de empresas particulares, de las direcciones centrales de ramas enteras de la industria, de los Consejos de Economía Nacional y locales y de los gobiernos, hasta el Consejo Superior de Economía Nacional, las Uniones Industriales no sólo participan de esta forma en la administración de la producción, sino que prestan como base organizadora, de la cual saca su propia fuerza toda la dirección de la producción y su administración. Es el instrumento por medio del cual el poder obrero, representante de los intereses de las masas trabajadoras de todo el país, realiza su política económica. La tarea de las uniones industriales en la Rusia de los Soviets es distinta de la que le atribuyen los *sindicalistas*. Las uniones industriales no guían la producción en general y tampoco particulares ramas de la industria. La dirección de la producción es ejercida por órganos que unen las mejores fuerzas de las Uniones Industriales con las fuerzas científicas que nos quedaron del capitalismo, así como con los representantes del poder obrero; las Uniones Industriales, en cambio, son las principales organizaciones de masa del proletariado, la base de la dictadura del proletariado; ellas son, en realidad, la fuente principal del poder obrero; y siendo la más importante organización proletaria, las Uniones Industriales representan la más grande fuerza de la producción. Sacando la fuerza de esta, estas Uniones, sin dirigir formalmente la producción, pueden en realidad, tener una influencia decisiva en el curso de la misma. Precisamente, porque ellas no dirigen la producción aisladamente, desde el estrecho punto de vista profesional, como organización de determinados grupos, sino participan en los órganos estatales y precisamente porque deben recurrir a la necesidad estatal cuando se trata de los métodos compulsivos, y se encuentran íntimamente unidas a este órgano, en el período del desarrollo de la producción, las Uniones Industriales deberán liquidar los últimos restos de la miopía profesional, los pequeños intereses de grupo y convertirse en los órganos realmente representativos de los intereses de clase de todo el proletariado poseyendo una concepción precisa de los problemas generales de la dictadura del proletariado en un país agrícola.

El papel asignado a las Uniones Industriales es la mejor respuesta a los gritos sobre la militarización y sobre la vuelta a la administración burocrática de la producción. En Rusia la militarización en el sentido de que fue introducida por los estados imperialistas de occidente durante la guerra, es imposible. Allí, el gobierno defendiendo los intereses de los verdugos burgueses, obligaba a los obreros a renunciar a todas las libertades conquistadas durante la paz en la lucha contra el capital y los forzaba a trabajar con la mayor tensión de sus fuerzas bajo la amenaza de ser enviados al frente, para proporcionar a la burguesía la ocasión de que explotara a otros pueblos. En la Rusia soviética el poder se halla en manos de la clase obrera. El Ejército Rojo es un órgano de la clase obrera, no ya de una clase enemiga y explotadora. La organización de la producción, la intensidad y disciplina del trabajo se encuentra al servicio, no de los intereses de los banqueros como antes, sino al servicio de los intereses vitales de la clase obrera y de su salvación de la muerte por hambre. Si la prensa comunista y los dirigentes de los co-

munistas rusos emplean términos militares para indicar los medios para la intensificación de la disciplina y la elevación de la productividad del trabajo, lo hacen con el objeto de explicar mejor a la clase obrera que el *tifus*, el *cólera* y el *hambre* no son menos peligrosos que los *cañones* de Denikin y Kolchak.

La prensa social-patriota y capitalista de Europa miente cuando aferrándose a estos términos, busca de convencer a los obreros europeos que el gobierno soviético entiende introducir en Rusia un régimen semejante al que reinaba en las fábricas de Alemania, Inglaterra y Francia durante la guerra. Nuestra *«militarización»* no significa la abolición de la libertad de las asociaciones obreras, sino que significa, al contrario, la concentración de todas las fuerzas del Partido Comunista y del gobierno soviético en el reforzamiento de los Uniones Industriales. Ella presupone la participación activísima de toda la masa trabajadora en la solución de los problemas industriales. La militarización capitalista exigía de los obreros su transformación en mudos apéndice de la máquina durante el período de guerra. La llamada militarización en la Rusia de los Soviets demanda que las masas obreras se conviertan en constructores conscientes de la producción comunista, y si las Uniones Industriales y el poder de los Soviets están obligados a recurrir a medidas coercitivas contra los elementos desmoralizadores de la clase obrera, contra los especuladores, ello no entraña otra cosa que una admonición a los obreros que dimana de las mismas organizaciones obreras para salvaguardar los intereses obreros.

No menos ridículos son los gritos según los cuales la Rusia de los Soviets se está transformando en una *administración burocrática* debido al pasaje de la administración colegiada a la individual. Que el principio de la administración colegiada no tiene nada que hacer con el comunismo no está probado por el hecho que es aplicado muy frecuentemente por las sociedades anónimas capitalistas, por las sociedades de accionistas y por trusts en sus oficinas. La administración ejercida por un individuo tendría el carácter de la administración burocrática si los órganos de la política económica, que nombran a los jefes responsable de la producción estuvieran separados de la clase obrera, si las organizaciones obreras fueran alejadas de la participación en los órganos determinantes de la política económica y si las masas trabajadoras no tomaran parte activa en la solución de los problemas industriales. En un estado obrero, donde el poder representa a la clase obrera, donde los órganos económicos son creados por el poder obrero y compuesto por representantes de las asociaciones obreras, y pueden en todo momento ser llamadas por sus electores, donde estos órganos económicos bajo el control del Estado obrero trazan colectivamente la línea de la política económica, donde el poder obrero busca con todas las fuerzas de atraer a toda la masa trabajadora a la obra de solución de los problemas industriales, sabiendo ser impotente sin ellas, en un estado semejante ni la orientación general de la administración, ni su carácter puede depender del número de los individuos dirigentes de una determinada empresa. El significado social de un tipo de administración está determinado por el ambiente y por el curso general de la política gubernativa. Existen dos causas de esta tendencia, del Partido Comunista con respecto a la administración individual; una general, la que probablemente se repetirá en todas las revoluciones, y una concreta, específicamente rusa. La administración colegiada, en general, significa la irresponsabilidad colectiva, puesta, que supprime en todo miembro del colegiado el sentimiento de responsabilidad, natural en todo hombre, cuando sabe que precisamente él y nadie más que él es responsable de alguna cosa; la otra razón, específicamente rusa, consiste en el hecho que el número de obreros capaces de participar en la dirección de la producción en Rusia es tan reducido que su distribución en los colegios sería una inadmisiblemente pérdida de fuerzas. La tendencia hacia la administración individual proviene del deseo de utilizar lo más posible a los obreros administradores. Es natural que esto no se logrará de inmediato, que aún por mucho tiempo se necesitará reunir al obrero administrador experto con el técnico burgués, que será necesario hacer controlar al técnico burgués por un comisario obrero o dejar en función a los pequeños colegiados obreros una vez que ellos se pongan de acuerdo entre sí.

Todo radica en trazar la orientación, liquidar la ideología de la administración colegiada, la cual, es cierto, es necesaria durante el primer período de la lucha por el poder, pero que luego impide la construcción económica. Esta tendencia no tiene nada de común con la vuelta al capitalismo; muy al contrario, ella se encuentra íntimamente ligada al principio de la construcción socialista, está unida a la movilización de las masas obreras en nombre de sus tareas industriales, al desarrollo de la dictadura del proletariado, al reforzamiento de la participación directa del proletariado en la administración económica del país.

La revolución proletaria que tiene su origen en la colosal ruina del capitalismo, necesariamente intensifica esta desorganización y con ello, particularmente durante su primer período, también los sufrimientos de la población. La clase obrera pasa a través de un infierno de sufrimientos, habiéndose apoderado del poder en un país con un capitalismo poco desarrollado; en un país con una técnica muy pobre y recibiendo una herencia de mendigo del capitalismo. Ella fue arrojada en una lucha armada de dos años, en la cual no sólo la misma burguesía, sino la del mundo entero intentaba estrangular al primer estado obrero. El resultado fue la espantosa desorganización del país, y los sufrimientos del pueblo asumieron dimensiones enormes. La victoria de la Rusia soviética, el hecho de que ella haya sabido mantenerse, que continúa viviendo y desarrollándose, facilitará en mucho a los obreros de los demás países el período de transición, porque la existencia de la Rusia de los Soviets, como fuente colosal de fuerzas militares y económicas, retendrá a los Estados capitalistas en el designio de agredir militarmente, y en una forma directa a los nuevos estados obreros. Pero en ningún país la clase obrera podrá evitar el período de la guerra civil y, por ende, no podrá evitar los sufrimientos y la ruina económica. La edificación socialista representa un largo período de muchos años, durante los cuales el nivel de vida de las masas obreras no será superior sino inferior del nivel de vida de las masas obreras en los estados capitalistas. Trotzky tenía plenamente razón cuando en el congreso del Partido Comunista, hablando del plan económico, indicaba las etapas siguientes: reparación de los medios de transporte y su producción; la producción de los medios de producción en general; la producción de los artículos de consumo de las masas. Ponia él de relieve que de este modo el nivel de vida de las masas obreras podría mejorar solamente de modo muy lento.

La política comunista, como política de las masas, política que pudo triunfar únicamente gracias a la conciencia de las masas, nada debe ocultarle, no debe prometerles el paraíso terrestre, más, al contrario, decirles que todo el mundo, empujado por el capitalismo en el abismo de la guerra, se encamina hacia la completa barbarie, si el proletariado, no obstante el hambre y el frío, no sabe educar su voluntad para el trabajo, crear la organización e introducir la disciplina del trabajo. Los perros de guardia del proletariado europeo, los señores capitalistas de todos los países, buscan naturalmente de explotar a su modo nuestros discursos comunistas sobre la disciplina y el trabajo. Ellos buscan de aterrorizar a los obreros con cuadros representando al obrero ruso, arrastrado al trabajo bajo la acción de bastones soviéticos.

El señor Lloyd George leyó en el parlamento inglés el llamado de los Soviets de Moscú, en el cual se decía: «Hemos vencido a Danilín y Koltchak, pero nos hallamos amenazados por el frío, el cual debe ser vencido con los mismos medios que nos dieron la victoria sobre el campo de batalla. Es necesario organizar batallones de ciudadanos para el corte de leña». Una vez leído este llamado, el presidente de los ministros ingleses exclamó: «¿Qué tipo de los obreros ingleses permitirá al gobierno que lo arroje al corte de la leña?» Pero los obreros ingleses a quienes el capitalismo inglés arroja al trabajo en las minas, en provecho del duque de Northumberland obligándoles a vivir en habitaciones antihigiénicas y sin calefacción, han comprendido muy bien la diferencia entre la situación que existía en los estados capitalistas, donde bajo la palabra de orden de la libertad del trabajo, el capital, con el látigo del hambre obligaba hasta hoy a sus esclavos a trabajar en favor de los propietarios de los medios de producción, donde desde el comienzo de la guerra se introdujo la esclavitud des-

carada en las fábricas militarizadas en interés de un pequeño grupo de propietarios, y la situación en la República de los Soviets: la tendencia hacia la movilización de las fuerzas obreras, su distribución según un plan económico, la intensificación de la disciplina del trabajo, estas tendencias no son más que la realización de la palabra de orden del socialismo desde los primeros días de su existencia en contraposición a la falsa palabra capitalista de la «libertad del trabajo»; esto es, la organización del trabajo. El pensamiento socialista, desde los días de Tomás Moro, de Winstenley, Graco Babeuf y los grandes utopistas, se desarrollaba continuamente en la dirección de la organización del trabajo. El socialismo proclamaba la idea de la sociedad sin divisiones de clases y contemporáneamente la idea de la organización del trabajo de hombres iguales. En la sociedad capitalista la organización del trabajo se creaba por el camino de la lucha y del proceso natural.

Los propietarios de los medios de producción no sabían cuánto producir, no conocían las necesidades de la sociedad y no sabían en qué medida la capacidad adquisitiva de la sociedad correspondía a estas necesidades. La sociedad capitalista de los países más civilizados no ha llegado aún hoy a colocar en una estadística exacta la producción y el consumo. Basándose en la concurrencia de los propietarios de los medios de producción y las necesidades de las masas populares la sociedad capitalista permanece indiferente ante el hecho que su mecanismo de organización automática del trabajo significa el hambre en una parte del mundo, mientras que en la otra existe abundancia, y desocupación en una parte de la economía nacional y en algunas otras ramas se siente la falta de mano de obra. El socialismo originado en los sufrimientos de la clase obrera, en las penas espirituales de los mejores hijos de la humanidad, que veían como la organización del trabajo en la sociedad capitalista, la llamada «libertad del trabajo», despedaza la vida de centenares de millares de hombres, este socialismo estuvo obligado a proclamar como primera palabra de orden y de lucha la organización del trabajo. Nació en la época del capitalismo poco desarrollado, habiendo anticipado en cien años el principio de la revolución proletaria, el socialismo no ha podido elaborar un plan concreto y no pudo extraviarse en la selva oscura de las utopías. Durante el período cuando sobre la escena histórica aparecieron masas no sólo sufrientes, sino luchadoras, el socialismo cesó de ocuparse de los problemas de organización del trabajo en la sociedad capitalista, porque estaba obligado a concentrar toda su atención sobre la organización de las masas trabajadoras para la lucha contra el capitalismo.

El plan de la organización del trabajo elaborado por el Partido Comunista Ruso no es el resultado de investigaciones abstractas, sino que ha sido generado por la vida misma. Para arrójar los restos de las ruinas y de los incendios, para infundir sangre fresca en las arterias del organismo social, para hacer andar a las locomotoras y hacer trabajar el telégrafo y el teléfono, para hacer posible a las ciudades el suministro a la campaña de productos manufacturados y recibir en cambio el pan, es necesario la mayor economía de las fuerzas, la estadística precisa de la demanda de los productos, es necesaria una disciplina absoluta. Allí donde no es lo suficiente fuerte la disciplina interna, es necesaria la fuerza coercitiva del Estado en manos de los elementos más conscientes de la clase obrera.

Deberá constreñir a los obreros salidos del ambiente de los mestizos proletariados y de los campesinos privados de tierra al trabajo para el capitalista. El capitalismo creó todo un sistema de medidas, empezando por la exaltación puritana del trabajo, terminando con la feoría teoz malthusiana de la supervivencia de los más aptos: comenzando por cortar las orejas y las narices y marcar con hierro y fuego a los vagabundos desocupados y terminando con erigir casas de trabajo, que eran casas de torturas y de muerte. La clase obrera, portavoz de los intereses de la mayor parte de la humanidad, no necesita de semejantes medidas. Ella sabrá despertar los mejores sentimientos en el alma de los proletarios más atrasados y sabrá despertar en ellos la conciencia comunista. Pero la clase trabajadora no puede renunciar al aceleramiento del pasaje al trabajo por medio de los métodos compulsivos, los cuales deben dirigir el

trabajo fraternal común, donde cada uno trabaja para todos y todos para cada uno.

Todo lo que los capitalistas y sus agentes dicen contra la organización del trabajo, por la que lucha actualmente la clase obrera rusa, todo su estrepito sobre el régimen del cuartel y de la coerción prueba únicamente, que quieren explotar las últimas ilusiones burguesas, el último engaño burgués, la ilusión de la libertad del trabajo, para someter este trabajo de los obreros esclavizados al yugo del capital.

Cuando el capital internacional defendía la libertad del trabajo y nosotros gritábamos por la organización del mismo, se conservaba aún algo de ilusión. Estaba sinceramente convencido que substituiría a la servidumbre con el trabajo libre, si bien esta libertad no era en realidad nada más que la libertad de morir de hambre. Pero actualmente cuando los capitalistas hablan de la libertad del trabajo, ellos saben que mientan, porque si lograsen sofocar a la revolución proletaria internacional, estarían obligados a abolir cualquier libertad de trabajo e introducir una feroz organización militar del trabajo en interés del capital.

La desorganización económica, la falta de productos ma-

nufacturados, el agotamiento de las fuerzas industriales, la carencia de materias primas — todo esto aún después de la victoria del capital, requeriría una organización férrea trustificada, que el obrero no se encontraría ni en la posibilidad de elegir al explotador para quien quería trabajar. Los obreros serían literalmente distribuidos como las materias primas y las máquinas. No se trata de la lucha entre la libertad capitalista del trabajo y la organización comunista del trabajo, sino que es la lucha entre la esclavitud total de la clase obrera por una parte y la auto-organización de la clase obrera en la sociedad comunista por otra. Así ha comprendido la situación, la vanguardia del proletariado ruso en los Congresos del Partido Comunista y de las Uniones Industriales. No hay duda que a pesar de las calumnias de la burguesía internacional, los proletarios rusos serán la vanguardia de la revolución internacional, como lo fueron cuando en Octubre de 1917 tomaban el poder, y cuando en Marzo de 1918 creaban el Ejército Rojo.

CARLOS RADECK

HÉROES Y MARTIRES DEL COMUNISMO

M. S. URITZKY

Moisés Salomonovitch Uritzky (1), nació el 2 de Enero de 1873 en la pequeña ciudad de Tchercaask, gobernación de Kiev, a orillas del Dnieper. Sus parientes eran negociantes. La familia de los Uritzky era grande y patriarcal. La honestidad, el respeto de las antiguas costumbres y el comercio, tales eran los límites del horizonte familiar. El pequeño Uritzky, niño de tres años, perdió a su padre, ahogado por accidente. El niño permanece en las manos de su madre y de su hermana mayor. Su madre se esforzó en educarlo religiosamente. Hasta los 13 años, estudió los textos sutiles y profundamente embrollados de la naturaleza. En su vida en esa época, es su proximidad a la naturaleza. En sus momentos de ocio el niño reposa sobre las riberas tan bellas del Dnieper y puede ser que allí que deberemos encontrar la fuente de la dulzura y de bondad por las cuales Moisés Salomonovitch se distingue toda su vida.

El interés de su hermana se orienta en otro sentido. Ella adivina en buena hora las brillantes cualidades de su joven hermano y se interesa en familiarizarlo con la cultura rusa. Ella tiene éxito. A los 13 años Uritzky, no obstante la voluntad de su madre, se apasiona por el estudio de la lengua rusa y le consagra todo su entusiasmo juvenil. Aprueba brillantemente el examen de admisión y entra a un progimnasio de Tcherkaask.

Habiendo terminado sus estudios preparatorios, se va a Boliá-Eserkov, donde termina con éxito sus estudios del gimnasio. Aunque ha debido trabajar para ganar su pan, adquirió excelentes conocimientos de literatura rusa y extranjera. El gimnasio, naturalmente, no podía darle todo.

Moisés Salomonovitch ingresa a la facultad de Derecho, y desde ese momento él es fundador de grupos de estudiantes social-demócratas.

A los 24 años, al salir de la Universidad, sienta plaza de voluntario en un regimiento de infantería. Mas su servicio militar no es de larga duración.... Al tercer día es arrestado por pertenecer a una organización social-demócrata.

Es, desde luego, desterrado a la provincia de Yakovsk, donde pasa cinco años. Contrae la tuberculosis de la que no dejó de sufrir. Vuelto a Rusia, en 1905, se instala en Petrogrado y se consagra enteramente al trabajo de propaganda del partido. Pero al comienzo de 1906, es de nuevo arrestado y esta vez enviado a la gobernación de Vologda, y en seguida a la de Arkhangel.

(1) Asesinado el 30 de agosto de 1918 por un socialista revolucionario.

Hacia esta época, su tuberculosis toma una forma aguda y los mismos funcionarios del zar creen poder conmutar su destierro en el Norte por la expatriación. La guerra lo encuentra en Alemania. Moisés Salomonovitch se va a Estocolmo, después a Copenhague. A la primera noticia de la revolución rusa, después de largos años de lucha y de destierro, retorna a Rusia.

Aquí, su actividad agitada, llena de fuego y de fuerza, es bien conocida por todos. Moisés Salomonovitch era de esos hombres que parecen no tener vida privada. Todas las horas, todos los minutos de su vida pertenecían a la causa de la revolución, a la causa de la verdad y de la justicia.

Era también un hombre de una bondad y dulzura románticas; sus mismos enemigos convienen en ello.

Se ha muerto en él a un luchador estoico, a un militante fiel de la Internacional. Se le ha muerto en su puesto. Uritzky, héroe y combatiente, fiel de la revolución no podía morir de otro modo.

RECUERDOS PERSONALES

Lo he conocido en 1901. Saliendo de la prisión y antes de ser enviado al destierro yo había obtenido algunos días de libertad para visitar a mis parientes en Kiev.

A pedido de la Cruz Roja de Kiev, de una conferencia a su beneficio. Y fuimos todos — conferencistas y oyentes, y de este número E. Tarlé y V. Vodovozova — escoltados por cosacos, conducidos a la prisión Lukianovka.

Cuando nos hubimos instalado, nos percibimos que era una prisión bastante particular. Las puertas de las celdas no se cerraban jamás; los pasos se hacían en común y durante los paseos uno podía ocuparse de sport y seguir un curso de socialismo científico. Durante las noches se instalaban en las ventanas y comenzaban largas sesiones de canto y de declamación. Había en la prisión una comuna donde se depositaban los bultos de las familias y las raciones suministradas por la administración.

Las compras en los almacenes se hacía por cuenta común de los detenidos, lo mismo que la dirección de la cocina y todo su personal de condenados salían también de la comuna de los detenidos políticos. Los condenados de derecho común consideraban a nuestra comuna con un profundo respeto porque ella había desterrado las sevicias y las injurias.

¿Cómo la prisión de Lukanovka había sido transformada en comuna? Es que ella era dirigida más que por su director, por el staroste de detenidos políticos; Moisés Salomonovitch Uritzky. El tema en ese momento un gran barba negra y no cesaba de mascarullar una pequeña pipa. Flemático, imperturbable, evocando los boatmen de los navios de mar, adquirió en la prisión su característica manera de andar de joven huracán; sabía todo, legaba siempre a tiempo, dispuesto a todo, era el bienhechor para los unos; desagradable para otros; más siempre seguía siendo una invencible autoridad. Reinaba sobre la administración de la prisión precisamente por la fuerza calma que revelaba su su perioridad.

Pasaron dos años. Nos encontrábamos los dos en el destierro.

Mensheviks de la izquierda, Moisés Salomonovitch Uritzky era sincero, fogosamente un revolucionario y un socialista. Bajo su aparente tranquilidad y bajo su flama, ocultaba una fe absoluta en la causa obrera, se burlaba de buena gana del pacifismo y de los discursos grandilocuentes sobre magníficos asuntos. Era arrogante de su lucidez, lo afirmaba con cierta coquetería y hasta parecía con cierto cinismo.

Más era, en realidad, un puro idealista. La vida fuera del movimiento obrero, no existía casi para él. Su gran pasión política no hervía únicamente porque la había canalizado racionalmente, después de un plan dado, para dirigirla hacia un objetivo. Se traducida luego en actividad, pero en una actividad consecuente.

Su lógica era inflexible. La guerra de 1910 lo hizo entrar en la vía del internacionalismo y no buscó otros caminos. Como Trotzky, como Tchicherin, como Joffe, sintió pronto la imposibilidad de conservar siquiera la sombra de relaciones con los mensheviks de la defensa nacional, y rompió absolutamente con el grupo Martov que no lo comprendía. Por otra parte, ante la guerra estaba con su más próximo correligionario político L. D. Trotzky. Nos creaba de los bolsheviks que de los mensheviks. Nos volvimos a encontrar en Berlín en 1913, después de una larga separación. Y se repitió de nuevo la misma historia. ¡Yo no tenía suerte con mis conferencias! La colonia rusa de Berlín me había invitado a dar algunas conversaciones familiares, la policía berlinesa me arresta, me guarda algún tiempo y me expulsa de Prusia con prohibición de volver. Uritzky fué de nuevo mi buen genio.

No solamente conoce perfectamente la lengua alemana, sino que contaba con vastas relaciones que puso en acción para provocar en derredor de mi arresto un gran escándalo para el gobierno, y lo admiraba de nuevo cuando, con su tranquila sonrisa irónica hablaba al juez de instrucción o a los periodistas burgueses, o «daba las directivas» a nuestros amigos para una conversación con Carlos Liebknecht, quien se había también interesado en este pequeño hecho significativo.

Y él me delataba siempre la misma impresión: seguridad tranquila, asombroso talento de organización. Durante la guerra, en Copenhague, Uritzky desempeña un gran papel, pero es en Rusia durante nuestra gran revolución donde pudo desplegar progresivamente sobre más vastos campos su fuerza organizadora inmensa y tranquila.

A medida que se aproximaba el 25 de Octubre, el valor nacional. Puso orden y su fusión completa e incondicional con los bolsheviks fué en gran parte su obra.

A medida que se aproxima el 26 de octubre, el valor de las fuerzas de Uritzky era de más en más apreciadas en el gran estado mayor del bolshevikismo.

El papel realmente gigantesco del Comité Militar revolucionario de Petrogrado a partir del 20 de Octubre hasta mediados de Noviembre es conocido solamente por pocas personas.

El punto culminante de su extraordinario trabajo de organización fué alcanzado desde el 24 de octubre hasta fin del mes. Moisés Salomonovitch no dormía entonces ni de día ni de noche. Estaba acompañado por un grupo de hombres de una gran fuerza y de una gran resistencia, pero que se fatigaban, se reemplazaban, no tomando sobre ellos más que una parte del trabajo.

Uritzky, con los ojos rojos por el insomnio, pero siempre calmo y sonriente, permanecía en su puesto, en su sillón al cual empalmaban todos los hilos, y de donde partían todas las directivas de la organización revolucionaria, poderosa, instantánea, pero aun incompletamente montada.

Considero entonces la actividad de Moisés Salomonovitch como un verdadero prodigio de aptitud para el trabajo, de dominio de sí mismo y de presencia de espíritu. Veo aún ahora en esta página de su vida, la suerte de prodigio. Mas esta página no era la última y su brillo extraordinario no hace palidecer las páginas siguientes.

Después de la victoria del 25 de octubre y la serie de victorias que le siguen en toda Rusia, en uno de los momentos más confusos, fué cuando debimos decidir las relaciones entre el Gobierno de los Soviets y la Constituyente próxima. Faltaba para arreglar cierta cuestión un hombre político de primera fuerza que reuniera a una voluntad de hierro la flexibilidad necesaria. No se encontró más que dos nombres. Todos los votos se convergieron en la candidatura de Uritzky.

¡Y era de ver a nuestro comisario para la Asamblea Constituyente en esos días borrascosos! Comprendo que todos esos «demócratas» que tienen siempre en los labios frases redundantes sobre el derecho, la libertad, etc. etc. hayan tenido un odio ardiente a este pequeño hombre redondo que los miraba a través del círculo negro de sus queredos, con una frialdad irónica, que con una sola sonrisa lúcida disipaba todas sus ilusiones y de quien cada gesto encarnaba la soberanía de la fuerza revolucionaria sobre la frase revolucionaria.

Cuando al primer y el último día de la Constituyente, por encima de la tumultuosa muchedumbre de los socialistas resonaban los discursos solemnes de Tchernov y que la «Alta Asamblea» se esforzaba en señalar a cada minuto que ella era el verdadero poder — el camarada Uritzky se paseaba en el Palacio de Tauride absolutamente como otras veces en la prisión de Lukianovska, con su misma manera hurafina, con su misma imperturbabilidad sonriente; como, entonces él sabía todo, él satisfacía a todos, inspiraba a los unos una seguridad tranquila, a los otros una total desesperación.

«Hay algo de fatal en Uritzky». Escuché en ese día memorable, en un corredor, esta reflexión de un socialista revolucionario.

La Asamblea Constituyente fué disuelta. Pero dificultades más grandes aún surgían: Brest-Litovsk.

Uritzky fué un ardiente adversario de la paz con Alemania. El que encarnaba la sangre fría nos decía, con su habitual sonrisa: «¿No quisiérais mejor morir honorablemente?».

Más a la nerviosidad de algunos comunistas de la izquierda, Moisés Salomonovitch respondía tranquilamente: «La disciplina del partido ante todo». Y eso no era para él una frase vacía de sentido.

La ofensiva alemana de febrero comienza. El Soviet de los comisarios del pueblo obligados a partir depositan toda la responsabilidad de la situación entonces casi desesperada de Petrogrado al camarada Zinoviev. «Vosotros tendréis muchas dificultades», les decía Lenin a aquellos que quedaban. «Pero Uritzky permanece con vosotros», y eso tranquilizaba. Y es entonces cuando comienza la lucha hábil y heroica de Moisés Salomonovitch con la contrarrevolución y la especulación.

¡Qué de maldiciones, qué de acusaciones lueven sobre su cabeza en esa época! Era terrible. Desesperaban no solamente por su inflexibilidad, sino también por su vigilancia. Reuniendo en sus manos la Comisión Extraordinaria y el Comisariado del Interior, conservaba un papel a menudo dirigente en los asuntos extranjeros, fué en Petrogrado el enemigo más terrible de todas las variedades de ladrones y piratas del imperialismo.

Sabían qué poderoso enemigo tenían en él. Y la población también, por la cual él encarnaba el terror bolshevik, le detestaba.

Pero nosotros que estuvimos a su lado, tan cerca de

él, sabemos cuál era su grandeza de alma y cómo sabía conciliar la dureza y la fuerza necesaria con una verdadera bondad. Sabemos que su tarea fué no solamente pesada e ingrata, más aun, dolorosa.

Moisés Salomonovitch sufría mucho en su puesto. Pero jamás escuchamos un lamento de este hombre, realmente fuerte. Era todo disciplina. Encarnaba verdaderamente el deber revolucionario.

Ellos lo han matado. Nos han llevado un golpe muy directo. Nos han escogido uno de los más hábiles y de los más fuertes de sus enemigos, uno de los más fuer-

tes y de los más hábiles de los amigos de la clase obrera.

Matar a Lenin y a Uritzky significaba más que obtener una gran victoria en el frente.

Apretar las filas no es difícil. Una brecha terrible se ha abierto entre nosotros. Pero Lenin se restablece y nosotros nos esforzamos por reemplazar a nuestro inolvidable e irreemplazable Moisés Salomonovitch Uritzky, duplicando cada uno nuestra energía.

A. Lunatcharsky.

Septiembre 1918.

El movimiento obrero hacia la izquierda en los Estados Unidos

EL CONGRESO UNITARIO DE LOS COMUNISTAS

Durante la primera semana de Septiembre de 1919, se constituyeron en Estados Unidos de América, dos partidos comunistas. Dos meses después, estos partidos, contaban con más de 40.000 socios cotizantes. Se preveía un rápido aumento hasta 60.000 quizás también a 70.000; o sea, alrededor de las tres cuartas partes de los afiliados al viejo Partido Socialista.

Vinieron los «raids» policiales del Comité de Lusk y las detenciones de Nueva York; además, aquí y allí, detenciones aisladas, en relación a la celebración de Noviembre. La organización comunista fué suprimida. Luego vino el alud reaccionario del año nuevo, la «razzia» policiales en todo el Estado, arrestos y brutalidades.

A fines de Enero el Ministro del Trabajo, Wilson, afirmó que los extranjeros adheridos al Partido Comunista estaban sujetos a la deportación. Los comunistas, inscriptos en uno o en el otro de los dos partidos, fueron tratados como bandidos en los tribunales de Nueva York y de Nueva Jersey. Una situación semejante se perfilaba también en el Massachusetts, en el Illinois, en Michigan, California, Ohio, en Indiana y en varios Estados.

No existían direcciones del Partido, ni locales, ni regionales, ni nacionales. Los funcionarios activos del Partido eran prisionados, o bien huían. Realizar mítines quería decir ofrecer la ocasión para detenciones. Era muy difícil reunir dinero para la defensa y la ayuda a los presos.

En Febrero de 1920 los dos vigorosos partidos del Octubre pasado habían desaparecido. Los luskerianos y los palmeristas habían realizado su trabajo completamente. El país se encontraba inmune del «terror rojo» — el terror que oprime al mundo entero...

Recientemente, en una localidad entre el Atlántico y el Pacífico, entre el Golfo y los Grandes Lagos, se reunieron dos grupos de delegados elegidos, como asamblea de la Conferencia por la unidad entre el Partido Comunista y el Partido Comunista del Trabajo. Los delegados del primero eran 32, los del segundo 25, además un delegado de un Partido Comunista extranjero y un representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Estos 59 delegados llegados de todas partes de Estados Unidos, seccionaron durante una semana, discutieron hondamente toda cuestión, concretaron el plan de trabajo del Partido Comunista Unitario; todo esto en las mejores circunstancias imaginables de una reunión semejante.

Quien recorre el resumen de esa sesión, secreta permanece asombrado, ante todo, viendo la lista de delegados. «Partido Comunista» y «Partido Comunista del Trabajo». «¿Unicamente estos extraños nombres? ¿No había ninguno de los comunistas del 1910? ¿Recordemos de nuevo la lista, ni un solo nombre que nos sea familiar. He aquí un resultado notable de la investigación Lusk-Palmer: en la lista no existe ni un comunista de 1919...

A pesar del hecho que los delegados se habían reunido en un congreso para la unidad; a pesar de que todos sen-

tían el tremendo golpe que había recibido el movimiento comunista en todo el Estado, si no se hubiera realizado la unión, ésta se notó concretamente solamente en la mitad del séptimo día del Congreso.

Ninguna de las dos partes tenía pleno conocimiento del estado de ánimo fundamental de la otra. Las controversias de casi un año cargaban la atmósfera de sospechas; sospechas no sólo hacia la otra parte, sino en el seno mismo de cada partido.

Ninguno de los delegados consentía en abandonar sus propias reservas, sino después de una larga serie de debates, algunos de escasa importancia intrínseca, sobre cuestiones fundamentales de doctrina y práctica comunista, cuestiones que nunca fueron encaradas realmente en los Estados Unidos.

Un delegado sintetizó la más grande verdad respecto a este congreso revelando que éste, a diferencia de cualquier otro congreso en el que él había participado en Europa o en América, había encarado resueltamente toda cuestión esencial y la había discutido hasta su definitiva solución. Se realizaron tres sesiones preparatorias de los dos partidos. En cada una de estas reuniones se presentaron el esquema del programa y del estatuto preparado preventivamente por una comisión mixta: Damon, Caxton y Fischer, por el Partido Comunista; Brow, Klein y Dubner, por el Partido Comunista del Trabajo.

Durante la segunda de estas sesiones, llegó al Partido Comunista la noticia que la asamblea del Partido Comunista del Trabajo había aprobado el programa-estatuto del Comité Mixto, como base de la unificación, reservando todas las enmiendas para la discusión en común.

En ese momento, el Partido Comunista se hallaba discutiendo otro esquema de Manifiesto, Programa y Estatuto, presentado por Ford, por la delegación del distrito de Nueva York. El debate se limitó, bien pronto, sobre la enunciación relativa a la acción de masas, admitiendo que el esquema del Comité Mixto era más aceptable por su conjunto. La objeción principal consistía en que el Comité Mixto no habían usado expresiones explícitas y directas respecto al empleo de la fuerza. A esto, se respondía que la cuestión era solamente de palabra, no siendo posible ninguna duda sobre el hecho que el programa preconizaba claramente la revuelta armada como última e inevitable forma de la acción de masas.

Se llegó al acuerdo respecto a la revisión del Programa en algunos de sus puntos particulares, empuñándose en bloque los delegados del Partido Comunista en sostener esas enmiendas. Además, la asamblea del Partido Comunista se comprometió con la actitud de los propios miembros sobre la cuestión de las Federaciones y por último en conservar el nombre y el emblema del Partido Comunista.

La primera sesión común se inició con una vivaz discusión sobre el nombramiento de los Comités. Algunos de los delegados del Partido Comunista insistieron por que la discusión del programa fuera puesto en el primer punto

de la orden del día, declarando no estar dispuestos a comprometerse a trabajar en común si antes no se agotaba la cuestión del Programa. Esta actitud provocó ásperas protestas, y fue considerada por el grupo unitario del Partido Comunista del Trabajo, como una provocación.

Se puso de relieve el hecho de que la unión se había realizado al reunirse en asamblea en común en base al Programa y al Estatuto del Comité Mixto; que la asamblea poseía el medio de hacer valer cualquier enmienda; y que la división podía volver a producirse sobre cuestiones futuras, pero que las viejas divisiones de partido habían desaparecido.

Klein (del P. C. del Trabajo), renovó la propuesta de iniciar la discusión del Programa. La paz fue restablecida.

Las primeras discusiones fueron escaramuzas de ensayo, vibrantes por la nerviosidad de su contenido. Sesenta y siete horas para decidir si el capitalismo fracasa en cuanto es incapaz de «producir», lo necesario para la vida, o en cuanto no logra «proverlo». Después de mucha incertidumbre, prevaleció el concepto que el capitalismo, a pesar de todo el aparato de que dispone, hace absurda la producción; los engranajes de la industria funcionan únicamente para la renta sin tener en cuenta la oportunidad de producir; con crisis o no, el capitalismo nunca ha funcionado para «proveer» a las necesidades de las masas.

Los resentimientos contenidos y las desconfianzas encuentran pleno desahogo en una discusión tempestuosa durante la segunda reunión. En la primera afirmación del programa, concerniente al derrocamiento del sistema capitalista, se insistió en el agregado de la palabra «violento». Así también, en el renglón donde dice la «comunidad del poder político», se insistió en el agregado «por medio de la fuerza armada». Las dos enmiendas fueron presentadas una después de la otra — una verdadera obsesión de la «fuerza». Fue inútil poner de relieve que esa parte del Programa contenía solamente enunciaciões preliminares, definiciones del objetivo a que se tiende; que el programa en sus específicas subdivisiones, dedicaba toda consideración a los métodos de acción; que la cuestión de la fuerza armada no está en sí, sino que es inevitable el aspecto culminante de la «acción de masas»; que esta táctica debe ser presentada según la forma de su desenvolvimiento y la insurrección armada como desembogue inevitable del conflicto entre las clases cada vez más ásperas.

Los delegados del Partido Comunista del Trabajo, en su mayoría, estaban dispuestos a dar una prueba de fuerza contra las «irreconciliables» del Partido Comunista. Ellos sabían que esa minoría tendría que adaptarse a la derrota, en cuanto la materia de la contienda era simplemente si una determinada afirmación, debía tener lugar en esta o más bien en aquella página del Programa. Otros, en cambio, sentían demasiados peligros de malentendidos debajo de un voto semejante y demasiada posibilidad de resentimientos donde era fácil lograr el acuerdo. Caxton propuso que ese punto del Programa se transfiriera a la Comisión. Hubo algunas protestas, pero la moción Caxton fue aceptada. Mientras tanto la tensión disminuía gracias al brillante discurso satírico de Sverwold, cuyo realismo y argucia «yankee» constituía el perfecto antídoto de los argumentos apasionados en una cuestión inflada artificialmente.

Un debate vivaz se produjo en la sesión matutina siguiente, acerca de la propuesta de limitar las elecciones a cargos legislativos, según una cláusula del programa del Partido Comunista.

La cuestión no había sido planteada con claridad, en cuanto los antiparlamentarios, a través de la limitación de las elecciones, entendían manifestar su hostilidad contra toda participación electoral. Brown (del Partido Comunista del Trabajo) y algunos oradores del Partido Comunista hablaron abiertamente contra la elección de cualquier género. Damon (del Partido Comunista) replicó que esa cláusula sería necesaria para desaconsejar la participación de las organizaciones locales del partido en las elecciones de poca importancia; Raphaelow (del Partido C. del Trabajo). Caxton (del Partido Comunista), Malcolm (del Partido C. del Trabajo) y otros pusieron de relieve que la cues-

tion general de la acción parlamentaria estaba fuera de discusión y que, en cuanto debían realizar elecciones, es indispensable, bajo los órdenes norteamericanos, nombrar el presidente, el gobernador o el intendente; que esa cláusula había sido insertada en el programa del Partido Comunista en base al erróneo concepto de que esa sería la forma más indicada para encarar la cuestión ministerial, dado el hecho que los ministros socialistas en Europa han sido elegidos todos como candidatos legislativos; que, en los Estados Unidos, los socialistas nombrados para cargos legislativos como para funciones ejecutivas, se comportaron todos igualmente mal; que, en fin, no era el caso de perder tiempo disputando sobre cual podría ser obra de un presidente comunista, porque la revolución prevendrá a los adversarios de una eventualidad semejante y que los funcionarios ejecutivos de menor importancia podían merecer ser arrojados del lugar al par que los comunistas nombrados para funciones legislativas.

Por mayoría, la cláusula mencionada fue aprobada; pero la limitación que ella establece no tiene ninguna importancia práctica inmediata, porque la asamblea se pronunció contra toda participación en las luchas electorales durante el año 1920.

El tercer día, tuvo lugar el más extenso y movimentado debate de todo el Congreso, sobre la organización obrera en la industria. La asamblea del Partido Comunista había dejado aparte la cuestión de la I. W. W. («Industrial Workers of the World»), siendo claro que sobre esta cuestión no se podía llegar al acuerdo. Quizás los dos tercios de los delegados del Partido Comunista estaban inclinados a la solidarización directamente con los I. W. W. y cooperar con esta asociación reservándose el derecho de crítica de sus teorías.

Los demás delegados del Partido consideraban en cambio que en substancia, los I. W. W. no valía más que A. F. L. («American Federation of Labour»), indicando como prueba de esto, el carácter reaccionario de la I. W. W. en algunas ciudades del Este. Todos y después los delegados del Partido Comunista, estaban en favor de una oposición absoluta a la «American Federation of Labour», considerándola como una asociación esencialmente reaccionaria que debe ser destruida.

Por otra parte, existía en las masas del Partido Comunista del Trabajo una fuerte corriente que hubiera deseado tratar la cuestión de la organización obrera desde un punto de vista general que no implicase ni una directa solidaridad con los I. W. W. ni una explícita condena de la A. F. L. El portavoz principal de esta corriente fue Dawson, quien sostuvo que la A. F. L. debe ser considerada por lo que ella representa en sus secciones locales, y no por la política de Gompers; que la organización de los trabajadores industriales estaba desenvolviéndose en muchos campos de todo fuera de la A. F. L. y que era necesario lanzar un llamado para una nueva asociación general de los trabajadores de las industrias, para una nueva y grande organización, única.

De una y otra parte no sólo se hacía un profundo análisis de las funciones específicas de un Partido Comunista respecto a las organizaciones obreras, sino, también, una extensa exposición de material ilustrativo recabado de la industria y de la organización. Mecánicos, mineros, constructores navales fundaban su experiencia práctica con las más abstractas concepciones de aquellos que concentraban su mira sobre el choque revolucionario final. La discrepancia se manifestaba no sólo entre «intelectuales» y «masas», sino entre obreros de las industrias que habían hecho experiencias que contrastaban.

La propuesta originaria del Comité Mixto surgió de una moción del comité del distrito de Chicago. En la asamblea se presentaron docenas de enmiendas y de substituciones; pero la propuesta fue aprobada según su texto originario. A raíz de los resultados de la discusión, el Comité estableció de nuevo la cuestión a la mañana siguiente con dos enmiendas que fueron aprobadas. Dice el texto: «El comunista inscripto en la American Federation of Labour por consideraciones de absoluta necesidad de ganancia, debe aprovechar toda ocasión para proclamar su propia hostilidad a esta organización, no para reformarla, sino para destruirla»; la frase «por consideraciones de absoluta necesidad de ganancia» fue eliminada. También la afirmación:

«Es necesario fundar una I. W. W. más fuerte», fue eliminada.

La cuestión de la unidad apareció en la discusión sobre la denominación del Partido. En una primera votación se obtuvieron 22 votos favorables al título: «Partido Comunista» y 24 contra. En votación nominal, prevaleció el nombre de «Partido Comunista», con 30 votos.

Los delegados del Partido Comunista del Trabajo se lamentaron de lo que consideraban un voto de imposición sin ninguna posibilidad de discusión. Flynn pronunció un discurso de protesta que demostró la fuerza moral de una crítica eficaz de minoría: al comienzo de la sesión sucesiva se llegó a un voto secreto sobre las denominaciones: «Partido Comunista Unificado» y «Partido Comunista», con la palabra «unificado» escrita debajo. La votación dió por resultado 33 votos, 22 en favor del título: «Partido Comunista Unificado».

De este modo se llegó al anhelo concreto de la unidad, y superado las viejas líneas de separación. Quedaba todavía por hacer, los nombramientos.

Dos discusiones importantes se desarrollaron sobre los Estatutos: con respecto a la centralización del Partido y la otra respecto a las Federaciones.

La cuestión de la centralización se planteó con la presentación de una enmienda por la cual la asunción y el nombramiento de los organizadores estaban sometidas a la aprobación de los Comités Ejecutivos de distrito. De una parte, se sostenía que esto significaba substituir los distritos autónomos a las Federaciones autónomas en un Ejecutivo Central, careciendo en autoridad efectiva y en efectiva capacidad de acción; que tal democracia no debía obtenerse con la descentralización, sino únicamente con algún medio eficaz de controlar sobre la autoridad central; que los Comités de distrito se hubieran prestado a maquinaciones de fracciones más fácilmente que un Comité Central nombrado en una asamblea nacional de delegados bien conocidos por sus electores. Se puso de relieve que un partido secreto debe tener la posibilidad de adoptar decisiones inmediatas por medio de un Comité compuesto de pocos miembros, debe poder funcionar como un mecanismo simple, de lo contrario no podrá asestar un golpe decisivo.

La falta de confianza en los funcionarios de las organizaciones fue el argumento central de la otra corriente.

Los asuntos del Partido, se dijo, deben ser sometidos a un contralor más directo de las masas.

Los Comités Centrales habían isado el vivero de los contrastes de tendencias. No era pedir mucho, si se quería dar a los Comités de Distrito el derecho de «veto» en el nombramiento de los organizadores de la que depende su actividad.

En la primera votación, la enmienda resultó aprobada. Luego se puso de manifiesto que algunos de los delegados habían interpretado mal la propuesta, en el sentido que se debía elegir todos los organizadores, «de lo alto a lo bajo», o sea, desde las subsecciones y grupos, así como las de distrito. Presentóse en el sentido de someter a un nuevo examen la cuestión, pero obtuvo minoría. A raíz de esto se produjo una vivaz batalla, dirigida por Damon, que tuvo por resultado — después de tres votaciones nominales — el rechazo de la propuesta originaria, por 34 votos contra 20.

En la cuestión de la Federación el Comité Mixto no había llegado a ponerse de acuerdo. En un curioso contraste en comparación a lo acontecido el verano pasado, se encontraban los comisarios del Partido Comunista del Trabajo que no querían adoptar una actitud resuelta contra la Federación. En el Congreso, los delegados del Partido Comunista, no ocuparon una posición de grupo en la cuestión. Se presentaron dos propuestas: una para los delegados del Partido Comunista, por Damon; la otra por Raphaelow y Dubner por los miembros del Partido Comunista del Trabajo inscriptos en la Federación. La discusión se desarrolló en particular entre los delegados federales de las Comités Ejecutivos Nacionales para los grupos de otro idioma: esta proposición fue directamente rechazada.

En la sesión de la tarde, del cuarto día de las asambleas comunes, se trató de la elección de los funcionarios del Partido. De una y otra parte se habían realizado reuniones,

durante horas, para ponerse de acuerdo sobre la lista a sostenerse. A pesar del voto expresado por la asamblea, en su mayoría, contra la continuación de este trabajo preparatorio de los grupos, ninguna de las partes quería correr el riesgo de tener que renunciar a su propia fuerza de grupo.

Spark (del Partido Comunista), propuso que el Comité Ejecutivo Central debería estar compuesto de cinco delegados del Partido Comunista y cuatro del Partido Comunista del Trabajo, en las personas de aquellos que hubieran reunido mayor número de votos, sin lucha entre candidatos del Partido Comunista y del Partido Comunista del Trabajo. La moción no encontró apoyo.

Brown y Caxton fueron elegidos para el Secretariado Internacional: el primero 30 votos y el segundo 23 votos.

Delegados internacionales, dos puestos, se presentaron cuatro candidatos. Los votos se dividieron como sigue: Damon, 30; Meyev (P. C.) 28; Caxton, 26; Barry (P. C. del T.), 26. La división de los grupos en esta votación, no fue mantenida completamente; cuatro votos del Partido Comunista, fueron divididos entre Meyev y Barry.

Siguieron el nombramiento de nueve puestos en el Comité Ejecutivo Central. Damon, Scott, Reinhardt, Delión, Zemlin (P. C.); Meyev, Klein, Flynn, Brown, Dawson (P. C. del T.). Estas eran las listas de los dos grupos. Evidentemente, el Partido Comunista del Trabajo había decidido aprovechar los desacuerdos existentes en el campo de Partido Comunista para intentar obtener la mayoría en el Comité.

En la sesión nocturna se anunció el resultado de la votación: Damon, Scott, Klein, Flynn, 29 votos; Brown, 33; Dawson, 32; Meyev, 30; Reinharts, 26; Deliov, Zemlin, 24.

Damon, Scott y Reinharts presentaron sus renuncias. Esto dió motivo a una discusión áspera. Ambas partes habían luchado por la mayoría y el resultado fué un pastizo. ¿Cómo podían los delegados del Partido Comunista presentarse ante sus electores y declarar que habían sido derrotados por una estrategia superior de tal manera que dañe a la minoría el gobierno del Partido Unificado? ¿Aún si el error era de los delegados mismos del Partido Comunista, podía esto remediar la situación exterior que se había creado?

Los oradores del Partido Comunista del Trabajo contestaron con vehemencia que lo sucedido reflejaba la voluntad de la asamblea; que era vergonzoso renunciar del Comité Ejecutivo Central, como algunos de los nombrados habían anunciado, simplemente porque sentían no poder dominar el Comité y el Partido; que, después de todo, este resultado de las elecciones hubiera sido la mejor prueba a los ojos de la masa de los afiliados, que las antiguas divisiones de partido habían sido olvidadas.

La proposición de suspender por media hora la sesión resultó aprobada.

Entonces se iniciaron las negociaciones, que continuaron hasta altas horas de la noche, para reanudarse a la mañana siguiente. Los dos grupos, cada uno aparentemente compacto, se encontraban ahora rigidamente apartados, el uno como Partido Comunista y el otro como Partido Comunista del Trabajo.

El Congreso había desaparecido y en su lugar, existían dos agrupaciones de electores con comités, para el intercambio de proposiciones y contraproposiciones.

La mañana siguiente, la situación era estacionaria. Abrir nuevamente el Congreso significaba dar al Partido Comunista la ventaja derivada por las nuevas presiones que se hicieron en sus reuniones para la unión en la votación con el objeto de obtener el predominio del Partido, o en el Comité Ejecutivo Central, superando todas las cuestiones personales.

Los delegados del Partido Comunista hicieron solamente una petición: que el Congreso fuera reabierto. Correspondía a la otra parte hacer el segundo paso...

En el resumen oficial no existe palabra alguna que hiciera comprender a través de qué renuncias se llegó al acuerdo. En general, el cansancio físico debe haber tenido una parte muy importante en el logro de la unidad.

Se llegó al acuerdo sobre las bases siguientes, en una reunión de los respectivos comités: Comités Ejecutivo Central de diez miembros, quedando elegidos los cinco candidatos del Partido Comunista del Trabajo, y renovándose

la elección para los cinco mandatos del Partido Comunista. Anunciado este acuerdo a la asamblea, los dos grupos se funden cantando la Internacional. Las manos se estrechan y se cambian abrazos. No se hacen discursos; la conoción en todos, es demasiado grande para permitirlo. ¡La unidad se ha logrado!...

Recapitulando, el Comité Ejecutivo Central queda compuesto: Damon, Scott, Reinhart, Delfon, Caxton, Brow, Dawson, Klein, Flynn, Meyev. Substituidos (en el orden):

Zemlin (P. C.); Dubner, (P. C. del T.); Stone, (P. C.); Jones, (P. C. del T.); Kerker, (P. C.); Hill, (P. C. del T.); Ford, (P. C.); Malcolm, (P. C. del T.); Hazbeck, (P. C.); y Logan, (P. C. del T.)

En el secretariado internacional, Caxton ocupa el puesto de Brow; Damon y Meyev, delegados internacionales en substitución respectivamente de Scott y Barry.

(De la revista italiana «Comunismo», número 22).

EL BOLSHEVIKISMO EN LA OBRA

por W. T. Goode

XII

El bolshevismo y la salud del pueblo

Todos los que han visitado Rusia en el tiempo de los zares saben perfectamente el deplorable estado de salud de las masas de la población. La burocracia no prestaba la menor atención a las necesidades de la higiene pública, y la casi invencible ignorancia de los campesinos los hacía severamente hostiles a todo intento de mejora por parte de personas filantrópicas. Sus viviendas eran inhabitables, especialmente en las ciudades industriales que contenían una gran población proletaria. La resolución de este último punto ha sido abordada con fuerza peculiar por los Comisarios del Trabajo, de las Industrias y las Trade-Unions, y una de sus obligaciones consiste en el mejoramiento de las condiciones bajo las cuales vive la clase trabajadora. En materia de higiene, los bolsheviks demuestran que aprecian totalmente en su verdadero valor las condiciones existentes, y prevén científicamente los peligros que la permanencia de las tales condiciones puede acarrear.

Bajo el gobierno provisional de Kerensky, se creó un Consejo Médico, mero cuerpo consultativo que trazaba planes, pero de tan poco valor práctico que, cuando los bolsheviks pudieron prestar atención a este problema, se encontraron con que todo estaba por hacer, y como la República de los Soviets era una república de trabajadores, la mayor parte de su atención se dirigió a la mejora de las condiciones higiénicas y a la creación de consultas médicas, tratamientos y medicinas, para los *trabajadores*. Después de considerables confusiones, pues el progreso experimental duraba largo tiempo, todos los servicios médicos en la República de los Soviets han sido agrupados bajo una dirección, formando algo que semeja al Ministerio de Salud Pública inglés y a cuyo frente está el doctor Semashko. Bajo él, en Moscú, la ciudad ha sido dividida en distritos; los doctores han sido nacionalizados y repartidos entre los varios distritos; se han creado hospitales o mejorado los que había; se han establecido clínicas especiales — policlínicas también — mientras las necesidades de las madres y los niños han merecido la mayor consideración y se empiezan a acumular grandes provisiones para éstos.

Que tal desenvolvimiento debía ocurrir, fácilmente se comprende por haber sido aceptado el principio del seguro general para enfermos. Todo ciudadano de la República de los Soviets tiene derecho a exigir del Estado asistencia médica gratuita, a adquirir gratis las medicinas, al tratamiento y a una plaza en un hospital, con un período de convalecencia en un lugar higiénico, en caso necesario. El Estado, pues, tiene que encargarse de que el principio sea puesto en práctica. En el Negociado de Maternidad, dirigido por una señorita, la doctora Lebedev, se han tomado medidas para que la madre pueda estar rodeada de comodidades ocho semanas antes del parto, con otro período correspondiente después del parto, que puede extenderse, en caso necesario, hasta que sea destetado el niño. Mientras la madre, en el hospital, si es obrera, sigue siendo pagada,

los cuidados de que como madre se ve rodeada son un regalo del Estado.

Gran número de casas de maternidad están ya funcionando, y otros se proyectan. Las dificultades para llevar a la práctica el plan completo son muchísimo más grandes por el estado de guerra que atraviesa Rusia.

Para los niños también están creándose hospitales especiales; pero uno — legado en los últimos tiempos, — funciona ya al sur de Moscú. He estado en él de visita y puedo decir que ni aquí ni en América he visto un hospital mejor acondicionado, mejor montado o mejor dirigido, teniendo en cuenta su finalidad especial. Los niños enfermos son depositados en él; las madres pueden, en caso de enfermedad infecciosa, permanecer con sus hijos, si es necesario; hay una clínica adonde van a diario cientos de madres para consultar, recibiendo al mismo tiempo las medicinas apropiadas y en algunos casos el alimento adecuado para los niños; una sala en la cual las madres reciben instrucciones sobre el modo de tratar a sus hijos, con un conjunto de diagramas sumamente interesante e instructivo, y un pequeño museo. La enseñanza está a cargo de doctores en medicina. A esto hay que añadir una habitación especial para la admisión y esterilización de la leche extraída de las madres que lo solicitan. Sobre esta cuestión de la leche, la doctora Lebedev me dijo que tenía en proyecto el establecimiento de una estación central que recibiría la leche de las granjas de los Soviets, la esterilizaría y la distribuiría en grandes cantidades diariamente. Hoy, esta esterilización se realiza en los hospitales pequeños como el que he descrito. En el vasto edificio donde este Negociado de Maternidad, en el Comisariado de Beneficencia, está establecido, el piso superior — una admirable sala muy adecuada para el caso, — ha sido dispuesto para exhibición permanente de todas las cosas relacionadas con el parto, el alimento, el tratamiento y el recreo de los niños. La sala ha sido separada, ha empezado la instalación, se ha solicitado el concurso de varios artistas eminentes para que hagan las ilustraciones diagramáticas necesarias. Creo que cuando esté acabado, Moscú poseerá una exposición permanente de higiene, capaz de extensión indefinida, como muy pocos países pueden ofrecer.

Se tiene el propósito de extender estas fundaciones hasta las capitales de provincia. Mientras tanto, se realizan esfuerzos para formar comités, dirigidos por médicos con título, hombres y mujeres, en las distintas ciudades, con objeto de que enseñen cómo deben instalarse los establecimientos e inicien en sus prácticas científicas a los asistentes calificados que sean necesarios. Medida prudente, pues el empleo de gente heterogénea en asunto tan serio sería perjudicial más que beneficioso.

El Comisario de Higiene o de Salud Nacional ha realizado ya una enorme tarea, pues el servicio médico general de Moscú es completo; pero sus programas están mucho menos desarrollados que los de algunos otros Comisaria-

dos; ha obrado lentamente, porque sus éxitos dependen por completo del entrenamiento científico de una parte del pueblo, y donde este entrenamiento no existió ha tenido que hacerse. El servicio se ve también obstaculizado por la gran escasez de medicamentos del extranjero en su mayor parte, principalmente de Alemania. El cierre de fronteras ha impedido toda ulterior entrada de drogas, y la escasez es tan seria, que los rusos se han visto obligados a fabricar ellos mismos algunos artículos, con éxitos medianos. Una considerable cantidad de dinero fué invertida en la compra de medicinas de contrabando de Alemania; pero el re-

sultado general es el que tengo consignado en mi cuaderno de memorias, donde hay cuatro páginas llenas de letra menuda en las que están apuntadas las drogas de absoluta urgencia que son totalmente incapaces de procurarse.

En general, puede decirse que la unificación de los servicios ha producido cierta sencillez que favorece a la administración; que el problema de la higiene es una preocupación real, y que los esfuerzos realizados han sido prósperos en cuanto verificados, pero que queda por hacer una gran obra que no puede emprenderse con éxito hasta que se haya modificado las condiciones actuales.

Informe del Comité Ejecutivo presentado al 2.º Congreso de la Internacional Comunista

En el primer Congreso Constituyente de la Internacional Comunista, las cuestiones de organización no fueron discutidas en detalle, en razón de las circunstancias en las cuales ese congreso se reunió. En ese momento, el movimiento comunista comenzaba solamente a tomar forma en los diversos países de Europa y América. El primer congreso tuvo por tarea levantar el estándar comunista, proclamar la idea de la Internacional Comunista. Pero, ni la situación general de los partidos comunistas en los diversos países, ni el número de los delegados al primer congreso (número muy pequeño) permitía plantear en su amplitud las cuestiones prácticas de la construcción organizadora de la Tercera Internacional.

Una sola resolución fué votada referente a la cuestión de organización, a saber: «Para proceder inmediatamente al trabajo, el Congreso elige los órganos necesarios, considerando que la constitución definitiva de la Internacional Comunista deberá ser confiada después del informe del Bureau por el próximo Congreso. La dirección de la Internacional Comunista queda confiada al Comité Ejecutivo. Este último se compone de representantes de todos los países más importantes, a razón de un representante por cada país. Los países siguientes deben enviar inmediatamente al primer Comité Ejecutivo, los representantes de su partido comunista:

Rusia.
Alemania.
Austria Alemana
 Hungría.
Federación Balcánica
 Suiza
 Escandinavia.
«Los partidos de los otros países que anuncien a la Internacional Comunista su adhesión, tendrán un asiento en el Comité Ejecutivo.

«Hasta la llegada de los representantes del extranjero, los camaradas del país donde reside el Comité Ejecutivo se encargan del trabajo.

«El Comité Ejecutivo designa un bureau formado por cinco miembros».

De manera que además del partido ruso, otros seis debían enviar inmediatamente sus representantes al Comité Ejecutivo. No obstante, las circunstancias estuvieron lejos de permitir a estos partidos tener su representante permanente ante el Comité Ejecutivo. El representante de Austria Alemana no llegó sino últimamente. Los partidos comunistas de Escandinavia tuvieron sus representantes accidentalmente. La Federación comunista de los Balkanes se ha constituido recientemente y su representante llegó recién en la primavera de 1920. El partido comunista húngaro tuvo su representante permanente en el Comité Ejecutivo. Los comunistas suizos estuvieron representados por el camarada Platten hasta la época en que abandonó a Rusia.

El Comité Ejecutivo había tomado todas las medidas necesarias a fin de obtener la participación constante en los trabajos del Comité Ejecutivo de los representantes

de los partidos comunistas de los diversos países. Pero no pudieron llegar sino en los últimos meses de nuestro trabajo.

Por esto, el Comité Central del Partido Comunista Ruso y los camaradas a quienes él había especialmente delegado a este objeto, debieron correr con casi todo el trabajo ordinario del Comité Ejecutivo.

Formaron parte del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista los camaradas siguientes, del Partido Comunista Ruso: Balabanoff, Berzin, Bujarin, Vorovsky, Zinoviev, Karakhan, Klinger, Litvinoff y otros. El camarada Lenin, así como otros camaradas tomaron parte en las sesiones más importantes, conjuntamente con los delegados del Partido Comunista Ruso.

Tomando en consideración las dificultades exteriores que impidieron a los otros partidos comunistas enviar sus representantes permanentes, el Comité Ejecutivo aprobaba de cada llegada de una camarada extranjero que tuviera autoridad en la materia, para atraerla a los trabajos del Comité Ejecutivo, aunque sólo fuese por un tiempo relativamente corto. Con este objeto, se aseguró el concurso para los trabajos del Comité de los camaradas siguientes: del camarada Rudas, (Hungría); del camarada Sadoul, (Francia); de los camaradas Reed, Andersen, Bilan, (América); del camarada Rutger (Holanda); del camarada Pak, (Corea); del camarada Litoud-Jaou, (China); del camarada Frin, (Noruega); de los camaradas Chillboux y Grimlund, (Suecia); y algunos otros. El partido polaco tuvo por representantes permanentes en el Comité Ejecutivo al camarada Marchlewsky; el partido comunista de Yugo Eslovenia, al camarada Mikitch; el partido comunista finlandés, al camarada Sirola; el partido comunista de Letonia, al camarada Stutshka.

En fin, en estas últimas semanas, cuando los diferentes delegados han comenzado a llegar al segundo congreso de la Internacional Comunista, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista creyó un deber asegurarse la participación de todos estos camaradas en las sesiones regulares y en los trabajos corrientes del Comité Ejecutivo. Además, los camaradas siguientes tomaron parte durante estos últimos meses y estas últimas semanas en los trabajos del Comité Ejecutivo: los camaradas Serrati, Bombacci, Graziadei, Vacirca, (Italia); Rosmer, Deslineres, (Francia); Quelch, Mac Laine, (Inglaterra); Reissler, (Austria); Raoczi (Hungría); y una serie de otros camaradas.

La función de secretario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista fué llenada a turno por los camaradas: Balabanoff, Berzin, Vorovsky y por el camarada Radek que, actualmente todavía, desempeña esta función. El presidente es el camarada G. Zinoviev.

II.—CONDICIONES GENERALES DEL TRABAJO DEL COMITÉ EJECUTIVO

Las condiciones generales del trabajo del Comité Ejecutivo, como resulta de lo expuesto más arriba, fueron

desfavorables, sobre todo al comienzo de su actividad. El bloqueo implacable a que los imperialistas de todos los países sometieron a la Rusia soviética, constituía para el Comité Ejecutivo una traba extraordinaria para tener relaciones con los comunistas de Europa y América. Durante algunos meses el Comité Ejecutivo no pudo recibir los diarios, hojas y otras ediciones de los partidos fraternales. La correspondencia era extremadamente difícil lo mismo que las relaciones personales. De los diversos países, superando los más grandes peligros y obstáculos increíbles, camaradas aislados se introducían en el país y llegaban hasta nosotros para darnos cuenta del desarrollo del movimiento comunista en sus naciones. Nuestros delegados y correos cargados de misiones por parte de la Internacional Comunista, que lograban penetrar en los diversos países no sufrían menos penas y sacrificios.

En muchos países de «democracia avanzada» los gobiernos, con el apoyo de la social-democracia blanca, instauraban especialmente el estado de sitio para las organizaciones de la Tercera Internacional y lo mismo para sus colaboradores más a la vista. En América, a los partidarios de la Tercera Internacional se les perseguía en todas las formas, se les arresta por millares. La burguesía y sus lacayos se esfuerza en hacer perecer por hambre y por persecuciones implacables a los partidarios de la Tercera Internacional. En Alemania, nuestro partido ha debido llevar la mayor parte del tiempo una existencia ilegal y sólo ha logrado por cortos periodos salir de la acción clandestina. Los social-demócratas blancos durante mucho tiempo han perseguido de la manera más implacable a los partidarios de la Tercera Internacional. Es inútil hablar de Hungría. Se ha muerto a todo hombre honesto que fuese vagamente sospechoso de simpatizar, aun-

que sea platónicamente, con la Internacional Comunista.

En Francia, los mejores representantes de la sección francesa de la Tercera Internacional acababan de ser puestos en prisión. En Suecia, numerosos camaradas entre los más eminentes han sido juzgados y condenados a varios meses de prisión debido a sus simpatías por la Internacional Comunista. En la Finlandia «democrática» todo un congreso de socialistas independientes ha sido arrestado estos días y el procurador «demócrata» ha declarado abiertamente que el congreso quedó arrestado a causa de su simpatía por la Tercera Internacional. En Estonia, en Letonia, y en Polonia, los social-demócratas blancos ejercen a la luz del día el papel de verdugos de los comunistas. Los partidarios de la Segunda Internacional desempeñan la misma función con respecto a nuestros camaradas de Georgia.

En estas condiciones, la Internacional Comunista ha debido comenzar su trabajo. Pero, cuanto más se persigue a nuestros camaradas y amigos en los distintos países, más las masas obreras se pasan al comunismo. Nuestras ediciones se abren una ruta en el corazón mismo de las masas laboriosas. A pesar de todos los obstáculos, la influencia de las ideas de la Internacional Comunista crece, se puede decir sin exageración de hora en hora. Ahora, en vísperas de la apertura del Segundo Congreso Universal de la Internacional Comunista, nosotros podemos decir que el primer periodo más penoso, cuando la Rusia de los Soviets, entonces bloqueada y el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista estaba separado de los partidos afiliados, este periodo, decimos, constituye ya un pasado lejano. Esperamos que el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista podrá trabajar ahora en condiciones incomparablemente mejores.

(Continuará.)

Código de leyes del trabajo de la Rusia de los Soviets

PARTE VI

REMUNERACION DEL TRABAJO

Art. 55. — La remuneración de los asalariados de su trabajo en empresas, establecimientos e instituciones o que emplean trabajo pago y las condiciones particulares y formas de pago serán fijadas por tarifas establecidas para cada clase de trabajo en la forma descrita en los artículos 7.º y 9.º del presente código.

Art. 56. — Todas las instituciones que fijen los cuadros de tarifas deben ajustarse a las disposiciones de esta parte del Código de las Leyes del Trabajo.

Art. 57. — Al establecer los cuadros de tarifas y determinar las tasas de remuneración normales, todos los asalariados de un oficio serán divididos en grupos y categorías y una norma definida de remuneración será fijada para cada uno de ellos.

Art. 58. — La remuneración normal fijada por los cuadros de tarifas debe ser por lo menos suficiente para cubrir los gastos mínimos de vida establecidos por el Comisariado del Pueblo en Trabajo para cada distrito de la República Socialista Russa Federativa de los Soviets y publicados en la Compilación de Leyes y Reglamentos del Gobierno de los Obreros y Campesinos.

Art. 59. — Al determinar la norma de remuneración para cada grupo y categoría debe prestarse atención a la clase de trabajo, al peligro de las condiciones bajo las cuales el trabajo tenga que ser realizado, a la complejidad y exactitud del trabajo, al grado de independencia y responsabilidad así como también a la suma de educación y experiencia requeridas para efectuar el trabajo.

Art. 60. — La remuneración de cada asalariado debe estar determinada por su clasificación en un grupo y categoría definidas.

Art. 61. — La clasificación de los asalariados en grupos y categorías dentro de cada rama del trabajo será hecha por comisiones especiales de valuación, locales y centrales, establecidas por las organizaciones profesionales respectivas.

Nota. — Los procedimientos de las comisiones de valuación serán determinados por el Comisariado del Pueblo en Trabajo.

Art. 62. — Los cuadros de tarifas fijarán la norma de remuneración para un día de trabajo o para una pieza de trabajo normales y particularmente la remuneración para el trabajo en horas adicionales.

Art. 63. — La remuneración por pieza de trabajo debe ser computada dividiendo la tasa de la tarifa diaria por el número de piezas que constituye la producción normal.

Art. 64. — La tasa de remuneración fijada para el trabajo adicional no excederá a la remuneración normal en una vez y media.

Art. 65. — Con excepción de la remuneración pagada por tiempo adicional hecho en la misma o en diferente rama del trabajo, no se permitirá remuneración adicional por sobre la normal fijada para un grupo dado o categoría, sin consideración por el pretexto y la forma bajo la cual pueda ser ofrecida y sea ella pagada en uno solo o en varios sitios de empleo.

Art. 66. — Las personas que trabajen en varios sitios deberán especificar en qué sitio desean recibir su paga.

Art. 67. — Las personas que recibían remuneración excesiva, en violación del artículo 65, estarán sujetas a juicio criminal por fraude y la remuneración recibida en exceso sobre la normal será deducida de los pagos subsiguientes.

Art. 68. — De la remuneración de un asalariado por drán ser deducidas las remuneraciones en exceso recibidas en violación del artículo 65 y la remuneración

ganada por el asalariado durante su vacación; una deducción puede ser hecha por cesación de trabajo.

Art. 69. — Ninguna otra deducción, fuera de las mencionadas en el artículo 68, será permitida, sin consideración de la forma o del pretexto bajo la cual ella quiera ser hecha.

Art. 70. — Los pagos de remuneración no se efectúan por adelantado.

Art. 71. — Si el trabajo es constante, su pago será hecho periódicamente, por lo menos cada quincena. La remuneración por trabajo temporario y por ocupaciones especiales, siempre que duren por lo menos dos semanas, será pagada de inmediato al completarse el trabajo.

Art. 72. — Los pagos se efectuarán en dinero o en especies (alojamiento, provisión de alimentos, etc.)

Art. 73. — Para efectuar los pagos en especies debe obtenerse un permiso especial del Departamento Local de Trabajo, quien deberá determinar las tarifas en unión con las respectivas organizaciones profesionales.

Nota. — Las tarifas así determinadas deberán basarse en los precios normales fijados por las instituciones respectivas de la autoridad soviética (comisiones de valuación del Comisariado de Abastecimientos, Departamento de Tierras y Viviendas, Comités de Precios, etc.)

Art. 74. — Los pagos se efectuarán durante las horas de trabajo.

Art. 75. — Los pagos se efectuarán en el lugar del trabajo.

Art. 76. — El asalariado será pagado únicamente por el trabajo que haya hecho. Si una interrupción del trabajo, durante las horas normales, obedeciera a causas que se hallan fuera del control del asalariado (por accidente o por una falta de la administración) será pagado por el tiempo perdido, sobre la base de la tasa diaria de tarifas, si trabaja por día, o sobre la base del término medio de su ganancia diaria, si trabaja por pieza.

Art. 77. — Un asalariado será pagado en sus jornales durante el tiempo de licencia (artículo 106-707).

Art. 78. — Durante la enfermedad de un asalariado la remuneración correspondiente será abonada como subsidio de los fondos de hospital.

Nota. — La forma de pago de los subsidios está establecida en las reglas del apéndice que va a continuación.

Art. 79. — Los desocupados recibirán un subsidio de los fondos para desocupados.

Nota. — Las reglas relativas a los desocupados y a los pagos de subsidios para ellos aparecen mencionadas en un apéndice a continuación.

Art. 80. — Todo asalariado deberá poseer una libreta de trabajo en la cual figurará todos los asuntos relativos al trabajo que haya hecho y a los pagos y subsidios que haya recibido.

Nota. — Las reglas relativas a las libretas de trabajo van en un apéndice a continuación.

PARTE VII

HORAS DE TRABAJO

Art. 81. — Las horas de trabajo estarán reglamentadas por los cuadros de tarifas establecidos para cada clase de trabajo, en la forma descrita en los artículos 79 del presente Código.

Art. 82. — Las reglas sobre horas de trabajo deben concordar con las resoluciones de esta parte del Código de Leyes de Trabajo.

Art. 83. — Un día normal de trabajo significará el tiempo fijado por los reglamentos de tarifas para la producción de una determinada suma de trabajo.

Art. 84. — La duración de un día normal de trabajo no podrá exceder en ningún caso de ocho horas para el trabajo diurno y de siete horas para el trabajo nocturno.

Art. 85. — La duración de un día normal no excederá de seis horas: a) Para las personas menores de 18 años, y b) En ramas de industria especialmente pesadas o peligrosas para la salud (véase el artículo 14 del presente Código).

Art. 86. — Durante el día normal de trabajo se permitirá el tiempo necesario para las comidas y para el descanso.

Art. 87. — Durante la interrupción del trabajo las máquinas, correas y tornos serán paradas, a menos de que esto fuera imposible debido a las condiciones técnicas o en aquellos casos en que las máquinas, correas, etc. sirvieran para la ventilación, drenaje, iluminación, etc.

Art. 88. — El tiempo de interrupción fijado en el artículo 86 no estará incluido en las horas de trabajo.

Art. 89. — La interrupción no tendrá lugar antes de las cuatro horas de haber comenzado el día de trabajo y durará no menos de media hora ni más de dos horas.

Nota. — Interrupciones adicionales cada tres horas, y de no menos de media hora, serán permitidas a las mujeres trabajadoras que crían niños.

Art. 90. — Los asalariados podrán disponer del tiempo libre a su propia discreción. Les será permitido abandonar el lugar del trabajo durante las interrupciones.

Art. 91. — En caso de que la naturaleza del trabajo sea tal que requiera un día de trabajo además del normal, se empleará dos o más turnos.

Art. 92. — Donde haya varios turnos, cada un trabajador las horas normales de trabajo; el cambio de turnos tendrá lugar durante el tiempo fijado por las reglas de la administración interna sin interferir con el curso normal del trabajo.

Art. 93. — Como regla general, no se permitirá el trabajo que exceda de las horas normales.

Art. 94. — El trabajo en horas adicionales puede ser permitido en los siguientes casos excepcionales:

a) Donde el trabajo sea necesario para prevenir una calamidad pública o en caso de que se vea en peligro la existencia del gobierno del Soviet de la R. S. R. F. de los S. o la vida humana.

b) Un trabajo público de emergencia relacionado con la provisión de agua, iluminación, desagüe o transporte, en caso de accidente o interrupción extraordinaria de su operación regular.

c) Cuando sea necesario completar un trabajo, el cual debido a un retraso imprevisto o accidental motivado por las condiciones técnicas de la producción no pudo ser completado durante las horas normales de trabajo, siempre que dejando trabajo incompleto se causara daño a los materiales o a las máquinas.

d) Cuando sea necesario reparar o renovar partes de máquinas o materiales de construcción para evitar el cese de trabajo a un número considerable de asalariados.

Art. 95. — En el caso descrito en el inciso c) del artículo 94, el trabajo en horas adicionales sólo será permitido con el consentimiento de la organización profesional respectiva.

Art. 96. — Para el trabajo en horas adicionales descrito en el inciso d) del artículo 94 será necesario obtener un permiso de la inspección local de trabajo, a más del permiso mencionado en el artículo precedente.

Art. 97. — Ni las mujeres ni los menores de 18 años trabajarán en horas adicionales.

Art. 98. — El tiempo empleado en el trabajo en horas adicionales durante dos días consecutivos no excederá de 4 horas.

Art. 99. — No se permitirá el trabajo en horas adicionales para llenar la tardanza del asalariado en presentarse al lugar del trabajo.

Art. 100. — Todo trabajo en horas adicionales hecho por un asalariado, así como también la remuneración correspondiente que reciba, será registrado en su libreta de trabajo.

Art. 101. — El número total de días en los cuales se permitirá el trabajo en horas adicionales en cualquier empresa, establecimiento o institución no excederá de 50 días al año, incluyendo aún aquellos días en que sólo hubiera trabajado un asalariado en horas adicionales.

Art. 102. — Toda empresa, establecimiento o institución debe llevar un libro especial de anotaciones para el trabajo en horas adicionales.

Art. 103. — Todos los asalariados tendrán un descanso semanal sin interrupción no menor de 42 horas.

Art. 104. — No se realizará trabajo alguno en los días feriados establecidos especialmente.

Art. 105. — En la víspera de los días de descanso el día normal de trabajo será reducido en dos horas.

Nota. — Este artículo no se aplicará a las instituciones y empresas donde el día de trabajo no exceda de seis horas.

Art. 106. — Todo asalariado que haya trabajado sin interrupción no menos de seis meses tendrá derecho a una licencia de dos semanas, sin tener en cuenta si el trabajo fué realizado en una sola o en varias empresas, establecimientos o instituciones.

Art. 107. — Todo asalariado que haya trabajado sin interrupción no menos de un año tendrá derecho a licencia de un mes, sin tener en cuenta si el trabajo fué realizado en una sola o en varias empresas, establecimientos o instituciones.

Nota. — Los artículos 106 y 107 entrarán en vigencia el 1.º de Enero de 1919.

Art. 108. — La licencia podrá ser otorgada en cualquier época del año siempre que ella no impida el curso normal del trabajo en la empresa, establecimiento o institución.

Art. 109. — El tiempo y orden en los cuales la licencia puede ser otorgada serán determinados por acuerdo entre la administración de la empresa, establecimiento o institución y los cuerpos propios de auto-gobierno de los asalariados (comités de fábrica y otros).

Art. 110. — Un asalariado no podrá trabajar por remuneración durante el tiempo de su licencia.

Art. 111. — La remuneración de un asalariado ganada durante su licencia será deducida de sus salarios regulares.

Art. 112. — La ausencia de un asalariado del trabajo debido a circunstancias especiales y permitida por el administrador no será computada como licencia; el asalariado no será pagado por las horas de trabajo perdidas en estos casos.

(Continuará).

Notas sobre la Revolución bolsheviki

(Señor Albert Thomas, diputado *Champigny-sur-Marne*)
Mi querido amigo:

Le referí a Trotzky el ruido que corre de la preparación de un ataque alemán en contra de Petrogrado. Se ha fijado a esta tentativa una fecha precisa: el 6-10 al 12-25 de Diciembre. Trotzky no lo cree. Sin embargo él va a someter la cuestión al Estado Mayor. Hemos ya conversado sobre los problemas técnicos planteados por esta eventualidad.

Su confianza en un feliz resultado de las conversaciones crece de más en más. La posición tomada por los bolsheviks en Brest-Litovsk, consolidará seriamente su constitución política. A mi parecer, los alemanes no podrán más psicológicamente lanzar una ofensiva contra una Rusia que habrá establecido públicamente, a la faz del mundo, su voluntad de paz democrática y honesta. Parece evidente que, a pesar de la disciplina de las tropas alemanas, el odio o simplemente el instinto de conservación nacional no animará más al soldado alemán y que una cierta amargura podrá nacer en el corazón de aquellos que fuesen lanzados a una agresión puramente imperialista. Un segundo resultado es que los aliados puede ser que se decidan a comprender que los bolsheviks no eran agentes del extranjero y que las conversaciones eran obligadas y que les convendría si no participar oficialmente, por lo menos de seguirla muy de cerca, de aconsejar oficialmente a los bolsheviks, y de preparar su concurso eventual. París y Londres son los mejores sitios que podemos tener si la ocasión se presenta y que es posible no se presentará, durante mucho tiempo, para poner fin a la horrible caricatura, la que no debe ser tomada con ligereza en el interés bien entendido de todos.

Sokolnikoff me ha dicho: Trotzky me repite que esfuerzos múltiples han sido realizados por los delegados alemanes, para separar los rusos de los aliados. No han cesado de oponer a la buena voluntad manifestada por Alemania frente a las proposiciones bolsheviks, la insolencia injuriosa y despreciativa prodigada por los aliados a los Comisarios del Pueblo. Muchas veces, el general Hoffmann se ha asombrado de la insistencia de la delegación rusa en defender lo que él consideraba que eran los intereses exclusivos de Inglaterra y de Francia. ¿Verdaderamente que hacemos nosotros? ¿Cuándo nos decidiremos a comprender que perdemos un tiempo precioso? Hice personalmente, todo lo que he podido para impedir que el frágil hilo que une aún a la democracia rusa a los aliados, no se rompiera del todo, y lo he conseguido por ahora. Todo lo que he podido hacer en este sentido es insuficiente. ¿Cuándo en los medios oficiales se decidirán a adoptar una actitud más neta y a obrar en la sola dirección compatible con los intereses aliados, es decir, en el sentido de la colaboración con los bolsheviks?

Se cuenta todavía locamente sobre no sé qué retorno de la guerra civil. Se apoya sobre las afirmaciones y defen-

sistas y en ocasión de la próxima reunión de la Asamblea Constituyente se querrá sostener un movimiento antibolsheviki sin apercibirse que ese movimiento, en caso de fracaso, no haría más que agravar un estado de anarquía, cuyos sufrimientos serían a la vez, de los aliados y de la Rusia, y que en caso victorioso llevaría al poder un gobierno de hombres de voluntad muy inferior que, sobre la cuestión esencial para nosotros, tendrían que adoptar exactamente la actitud bolsheviki y que, en fin, deberían luchar contra violencias interiores cuya gravedad no se puede prever.

Se cuenta aún con el despertar de las nacionalidades (ukraniana, caucásiana, siberiana, finlandesa, etc.). He escrito a menudo que Trotzky y Lenin han hecho desde el 25 de Octubre, una política de las nacionalidades, extremadamente hábil. Dejan a cada una de las nacionalidades rusas la libertad más absoluta para darse su constitución política, económica y militar, aproximando a la Rusia, quiero decir, a la República Federal Rusa a los pueblos que la política desgraciada e insuficientemente liberal de los gobiernos precedentes habían empujado hacia Austria, Alemania o Suecia. En lugar de sostener a los bolsheviks en esta dirección se intriga en las esferas socialistas, burgueses o puramente reaccionarios, ucranianos, caucásianos, etc., para hacer de este movimiento de las nacionalidades un movimiento antibolsheviki. Se llega ciertamente así a precipitar las luchas internas, a arrojar algunas duchas sobre el entusiasmo que manifiestan todavía los bolsheviks hacia las nacionalidades rusas, a las que quieren acordarles la independencia. Se llegará en resumen a disminuir muy sensiblemente la fuerza de una acción que todos tenemos interés en verla desarrollada.

Cuando se contemple más tarde las tonterías que tantos hombres inteligentes han podido llegar a cometer por miedo y por odio al bolshevismo, se quedará estupefacto. Desgraciadamente será demasiado tarde para reparar los errores cometidos, y no serán los hombres responsables sino la Rusia, la Entente y la Francia, los que pagarán las consecuencias de todas estas faltas.

Trotzky me dice a todas horas que el único delegado militar que manifestó en Brest su valor técnico, su fuerza de carácter, es el almirante Altvater. Me ha preguntado si le podría designar otros oficiales rusos que pudieran reemplazar útilmente en la delegación que parte pasado mañana, a los que actualmente son inútiles. Me esforzaré también en decidir al general a recibir al almirante Altvater. Una conversación con este hombre, muy seguro, de espíritu claro y voluntario, permitirá al general juzgar más exactamente el programa sostenido por los bolsheviks y le proporcionará la ocasión de hacerle entender por una boca más autorizada que la mía, las teorías que deben hacer defender los aliados en Brest-Litovsk, bajo pena de ser sacrificados.

JACQUES SADOUL.